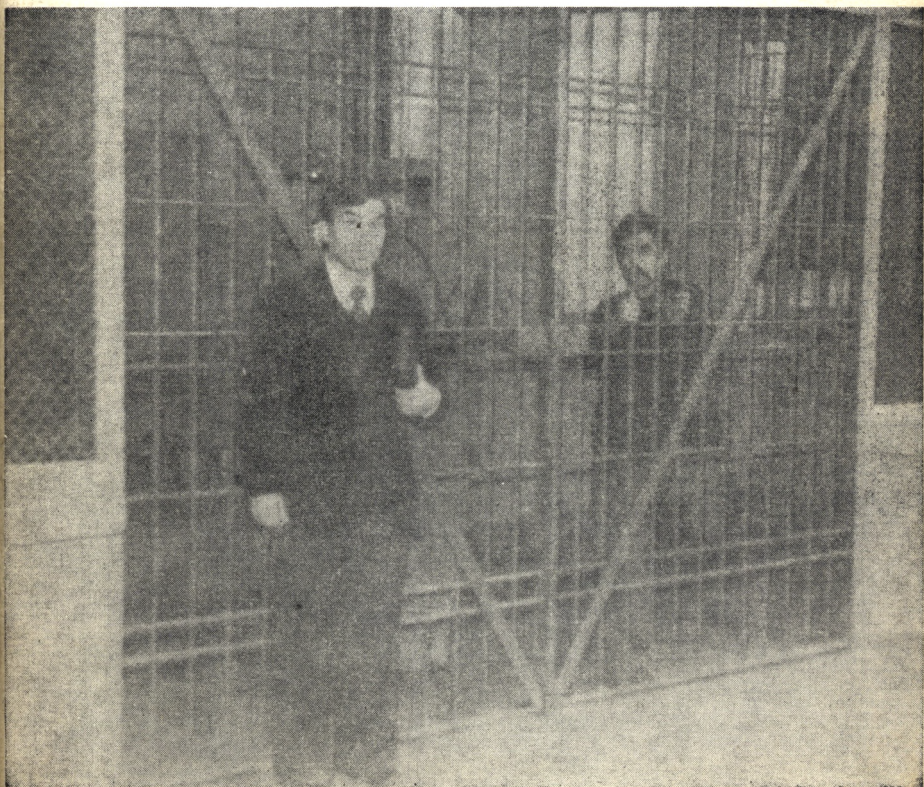


Los Presos Dobles

JULIO PAREDES G.



Los Presos Dobles

JULIO PAREDES G.





Servicio Evangelístico Cárcel Pública de Santiago

Derechos Reservados
Inscripción N° 48690

DEDICATORIA

Con todo mi afecto a los hombres de Dios que, día tras día, llegan a los presidios y cárceles del país, para entregar la palabra de vida, el mensaje de salvación y vida eterna.

Que Dios los bendiga y llene de su gracia cada días más.

AMEN.

JULIO PAREDES G.

P R O L O G O

“Los Presos Dobles”. Quizás no sea adecuado el término que pueda emplearse, pero esa es la forma que, a través del tiempo, he usado en mis predicaciones en las cárceles del país para dirigirme a los que están presos en el espíritu y en la carne.

Como un hombre que pasé los mejores años de mi vida en estos lugares. sé lo que es un preso doble, y también doy gracias a Dios que un día tocó mi corazón y pude recibir la libertad gloriosa, el día que Cristo me salió al encuentro, para El, que tanto bien ha hecho a mi vida, sea la honra y la gloria. . . Amén.

JULIO PAREDES G.

PRIMERA PARTE

**“Así que si el Hijo os libertare
seréis verdaderamente libres”.**
Sn. Juan C. 8. V. 36.

Casa de Menores.

Bendito sea el día en que el Señor tomó los medios para que este versículo de la palabra de Dios se confirmara en mi vida. Yo era uno de los tantos, o mejor dicho, de los miles de presos dobles, y que en el año 1962 me encontraba en uno de los juzgados del crimen de nuestra capital. Digo una vez más, porque a los 18 años de edad era un viejo cliente de las cárceles de mi país. Cuando tenía 10 años de edad había abandonado mi hogar, el motivo era que desde muy niño llevaba la inclinación de robar y siempre estaba cansando a mi madre con disgustos y vergüenzas.

Aquel día en que me fui de mi hogar me había apoderado de un dinero ajeno que tenía mi madre, sabía que sería descubierto y que sería castigado severamente por mi padre, quien presentía que algún día, me marcharía. Siempre que me castigaba me advertía que si me arrancaba del hogar, me buscaría por todas partes y me castigaría severamente, por lo tanto, la huida tenía que ser lo más lejos posible, y así fue, salí de mi hogar de Santiago a mediodía y ya en la noche, estaba en Valparaíso, allí, en el primer puerto de Chile. Empecé a rodar pendiente abajo por medio de la mendicidad, primeramen-

te, para seguir en el delito, sin que mis padres pudieran detenerme, y así como fui causando daño con mi vida delictuosa, también empecé a conocer diferentes hogares de reclusión donde tantas vidas jóvenes son destruidas a diario por la pérdida de la libertad; allí tuve que aprender a defenderme y luchar para sobrevivir. Como era menor de edad, no eran muy subidas las condenas, salía pronto, o bien, me fugaba de la casa de menores. ¡Cuántos recuerdos me trae ese viejo edificio de la calle San Francisco en Santiago!

No recuerdo cuántas veces me fugué de aquel lugar, pero siempre tenía que volver allí y tenía que enfrentar a los chutes (este nombre se le daba a los inspectores en ese tiempo) que tenían la misión de cuidarnos, y esto no era tan sencillo, ya que, a los que se fugaban, cuando volvían, se les daba el recibimiento con un severo castigo y si era reincidente, más duro era; sin embargo, en vez de tomar escarmiento con este castigo, no hacía más que acumular odio y más odio dentro de mi corazón en contra de los que me castigaban.

Mi última fuga.

A los 15 años tuvo ocasión mi última fuga de la casa de menores y ésta tuvo características espectaculares; estábamos en el patio de ingreso que daba al fondo del recinto, jugábamos un partido de fútbol con una improvisada pelota de trapo, yo tenía 10 meses en el recinto; según la jueza de menores, iba a estar por lo menos un año. Por lo tanto, estaba tranquilo, pues pronto estaría en la calle nuevamente. ¿Y por qué me arranqué aquel día? ni yo mismo lo sé. El día antes había llegado un amigo, al cual realmente estimaba, venía muy mal, o sea, tenía que enfrentarse a un largo proceso, no tenía ninguna posibilidad, sólo le quedaba la alternativa de arrancarse: todos se lo aconsejamos y él se decidió hacerlo.

Al día siguiente, nosotros mientras jugábamos en el patio, hacíamos bastante ruido, para que él rompiera una rejilla de una ventana y se subiera al techo y pudiera así lograr su fuga. Así estaba planeado, al mismo tiempo, otros a última hora también trataron de escapar por el portón que daba a la calle San Francisco.

Todo ocurrió rápidamente, y antes de las once de la mañana, llegó al patio la noticia que un grupo de menores había intentado escaparse y al mismo tiempo, habían sido descubiertos y también mi amigo Lucho, a quien llamábamos con un sobrenombre que aquí no quiero usar.

A la hora del almuerzo los trajeron, después de haber sido sometidos al respectivo castigo, que en estos casos, era terriblemente duro. En el gimnasio que teníamos para los deportes eran encerrados los que cometían este tipo de falta. Unos cuatro inspectores de los más severos se encarcan del castigo y como postre se le cortaba el pelo al cero, siendo más temido esto por nosotros, ya que siempre se abriga la esperanza de arrancarse y con el pelo cortado se dificulta la cosa.

Aquel día todo había salido mal a mis compañeros y especialmente a mi amigo Lucho. Así que en cuanto lo trajeron al patio me acerqué a él y le reproché por no haber sabido hacer las cosas. El me decía que había hecho todo lo que pudo, pero que había tenido mala suerte. Yo insistía que debía interntarlo de nuevo, antes que vinieran a buscarlos para cortarle el pelo al cero. Pero él había quedado muy desalentado con su reciente fracaso, entonces fue que sentí ese impulso de arrancarme aquel día. No tenía porqué hacerlo, pues sabía que saldría luego, pero quise ayudar a mi amigo y le dije: mira, después que salgamos de los comedores vamos a jugar a la pelota y cuando yo te haga una seña, me sigues. Nos pusimos de acuerdo con los demás para que en un momento determinado tiraran la pelota al inspector y así distrajera la atención del señor Castro que, en ese instante, estaba de

turno. Sin perder tiempo, tomé impulso y salté a un muro para después seguir corriendo por los techos hacia la Avenida Santa María. El inspector me vio y gritaba desesperado que me detuviera, y por seguirme a mí desde los patios de la lavandería, descuidó a los otros que se quedaban en el patio central y éstos, a su vez, empezaron a arrancar en todas las direcciones. Corrí por todos los techos de las casas vecinas hasta llegar a la calle Santa Rosa con Avda. Matta y la gente en sus casas gritaban por la sonajera de los zinc de los tejados. Cuando me detuve en mi desesperada carrera, recién me di cuenta, que detrás de mí, venía corriendo velozmente mi amigo Lucho; al verlo acercarse a mí, le dije que bajáramos rápidamente y ganáramos la calle, pero no había por dónde hacerlo, ya que las casas en ese sector son bastante altas. Como no podíamos quedarnos allí, me fijé en un árbol, que era lo más cerca que teníamos, y cerrando los ojos me lancé para abrazarme de sus ramas gruesas, pero éstas no resistieron a mi peso y caí en la vereda a escasos centímetros de las puntas de rejas de un ante-jardín. Con el golpe brutal, quedé sin sentido, y cuando abrí los ojos, no podía sacar el habla, la gente en la calle se agrupaba rápidamente y me rodeaba.

Un caballero de edad me tomó y me puso en pie, pero al mismo tiempo me dobló los brazos hacia atrás, con la intención de retenerme. La dueña de casa, desde donde había caído, no quiso que mi compañero siguiera el mismo camino y le puso una escalera para que bajara por el patio, quien pudo tranquilamente, salir por la puerta. Al ver que el hombre de edad me tenía retenido, lo insultó groseramente y lo obligó a soltarme, como el hombre no recibió el apoyo de las demás personas, terminó por soltarme. Mi amigo me tomó rápidamente y pasando mi brazo por encima de su hombro, salió corriendo conmigo.

Esa fue mi última fuga que haría en aquella vieja casa de menores. Los informativos de las radios, aquel día, daban la noticia que un grupo de menores habían

protagonizado una fuga masiva de la casa de menores. Yo me fui a refugiar a casa de unos parientes lejanos que tenía, y allí estuve en casa cerca de un mes, pues no podía andar a consecuencia de la caída que había tenido. Mi amigo Lucho se había ido también donde sus amistades y cada cual siguió su rumbo. Yo, por parte mía, una vez que pude sanar, empecé a delinquir nuevamente. A los 6 meses estaba preso y de vuelta a la casa de menores en camino de enfrentarme a las autoridades y responder de mi última fuga. Me imaginaba que me iban a dar una "buena" esta vez, pero no fue así la cosa, fue mucho peor o más grave para mí por cuanto me enfrenté con la jueza. Esta me notificó que, después de tomarme declaración por el delito, sería trasladado a la cárcel pública. Así mi vida se hundía en un escalón más bajo en este mundo de maldad y de pecado.

SEGUNDA PARTE

Cárcel Pública

!Qué distinto era todo ahora, ante mis ojos, la Cárcel Pública! No se parecía en nada al viejo caserón de la Casa de Menores. Arrinconados en el patio estábamos los menores; miraba la inmundicia del patio que llaman de los detenidos y una hediondez terrible, que apenas se podía soportar. Al levantar mi rostro veía en las murallas los vigilantes con sus ametralladoras, siempre alertas, ya no podía hacer lo que en la Casa de Menores, allí hacía lo que quería y me arrancaba cuando se me daba la gana. Ahora todo había terminado y al contemplar todo aquello, un escalofrío me sacudía todo el cuerpo, sin embargo, debía luchar por sobrevivir en aquel lugar y estaba dispuesto a hacerlo.

Cuando fui trasladado a la Cárcel Pública sabía, que por ser menor de edad, la condena no sería muy larga. Sin embargo, mis antecedentes como delincuente juvenil y mala conducta anterior en la Casa de Menores, influyeron en el juez para que me condenara a 18 meses de cárcel, los cuales cumplí hasta el último día.

En Libertad

Y nuevamente me encontré en libertad, sólo que ahora estaba más endurecido y dispuesto a cometer mayores delitos.

A los 18 años cumplidos, volvía nuevamente a la cárcel, y ahora era acusado de varios delitos y éstos me hacían acreedor a una condena de varios años. Así me lo dijo el juez cuando me tomó la primera declaración. Recuerdo sus palabras cuando me vió, me dijo: ahora sí que no te salva nadie de una condena larga, ya eres mayor ante la ley y con el prontuario que tienes, estás listo, me dijo sonriente. Yo sabía que tenía razón y que estaba perdido. Mi madre y algunos amigos y compañeros de delitos me lo habían advertido, que cuando fuera mayor de edad la cosa se me iba a poner dura, y así fue. Era un final que yo mismo había buscado.

Enfrentas una condena de 15 años, me dijo un aprendiz de abogado del Consultorio Jurídico. ¡Qué situación más terrible después de pasar desde los 10 años en la Casa de Menores, saliendo y volviendo a caer! Ahora a los 18 años, tenía que enfrentar no sólo la posibilidad de una condena de varios años, sino que lo más terrible, tenía que luchar por mantenerme vivo en aquel lugar, y en aquel tiempo, la cosa era brava, había que sobrevivir en aquel mundo lleno de violencia y de maldad, que es la Cárcel Pública.

El número de “presos dobles” en la cárcel, en aquel entonces, era de mil presos que vivían amontonados hasta 10 en cada celda, siendo que éstas estaban hechas, máximo para cuatro personas, ya que hay cuatro camarotes de madera apegados a la pared con colchonetes de pajas hediondas y sucias y con dos frazadas por personas. Aparte de la hediondez susodicha, hay que soportar las famosas chinches que salen de los camarotes de tablones y de los hoyos de las paredes, son terribles, son cientos. Con un choncho de parafina o a veces con vela, cuando tenía, me estaba hasta tarde de la noche matando estos bichos repugnantes hasta que el sueño me vencía y me dormía. Soportar éstos un día o un par de semanas, tal vez no será mucho, pero esto, cuando se transforma en años, es terrible. No sé cómo serán las cárceles de otros países, sólo conozco las cárceles chilenas por mi vida de delincuente, primero, y ahora como predicador del evangelio glorioso de Jesucristo. Lo digo y lo diré siempre, la cárcel es la forma más terrible de pagar que se tiene por el pecado, la palabra de Dios lo dice claramente: porque la paga del pecado es muerte y ser un preso doble en el espíritu y en la carne es estar muerto en el espíritu y estar muriendo lentamente en la carne, es algo atroz. Tal vez más de alguien me dirá que soy exagerado, que no es para tanto, pero lo que yo ví en esos años en la cárcel y después en la Penitenciaria, fue realmente terrible. Cuántos jóvenes ví morir; cuántos duraron unos meses, y como no supieron vivir, por no tener experiencia, se enfrentaron en una riña a cuchilla saliendo convertidos en cadáveres. A cuántos ví volverse locos; cuántos fueron a parar al hospital de la “peni” con enfermedades que se les produjeron paulatinamente y los llevó a la tumba. Casi a la mayoría se les caen los dientes y sufren males que jamás superan. Entré con mi dentadura sana y allí se me echó a perder, tenían que ponerme dentadura. Otros de los grandes males son las enfermedades nerviosas, al hígado y muchas otras que podría enumerar.

En la Cárcel Pública nos dedicábamos al deporte, a tomar mate amargo, que se toma en casi todas las celdas; esto se hace un vicio que después ya no se puede dejar. Algunos les pedían a sus familiares que les trajeran yerba y cigarrillos, pues la costumbre es pararse todo el día a tomar mate contando sus aventuras, cada cual cuenta sus fechorías y ninguno quiere ser menos que el otro. Así iban transcurriendo los meses, todos los días iguales y todas las noches el tormento de pensar y pensar en la soledad del calabozo, cada uno sumido en sus pensamientos, ya sea en la madre, hijos, esposa u otros, en su proceso etc.

La visita del Abogado

Yo tenía como un año en la cárcel, cuando el abogado del consultorio me notificó, que por mis antecedentes y mala conducta anterior, más los diversos delitos por los que estaba procesado, era muy probable que el juez me condenara a 15 ó 20 años. Cando terminó de hablar, le quedé mirando sin poder articular palabras, tenía recién 18 años de edad y aunque era maduro y rebelde en extremo, en ese instante lloré como un niño y al mismo tiempo pensé que no valía la pena seguir viviendo en estas condiciones. El joven abogado trató de consolarme y darme ánimo y prometió hacer todo lo que estuviera de su parte, al irse me dijo: confiamos en que ocurra un milagro y no sea tanto.

Me volví a mi celda y me dejé caer en mi camarote. Qué sólo me sentía en aquel momento, quería pensar, tal vez descubriría alguna forma que me hiciera abrigar alguna esperanza, pero no podía hacerlo, todo era confusión, en mi mente. Acaso, pensé, si hubiera tenido dinero, pero no lo tenía; no tenía amigos a quien recurrir, ya que en aquel lugar se pierden los amigos. Mi familia no quería saber nada de mí, sólo mi madre venía a verme con gran sacrificio, ya que éramos muy po-

bres; definitivamente, no había esperanza para mí. Más de alguna vez, en medio de ésta confusión de pensamientos y de imágenes que venían a mi mente, me vino la idea de quitarme la vida, a veces lo pensé, pero algo, me retenía, era como si me resistiera de pensar que todo había terminado para mí. A los días después de conversar con mi abogado del consultorio y de haberme dado la noticia de la condena que enfrentaba, desesperado y abatido en mi celda, decidí salir al patio. Allí empecé a pasearme de un lado para otro.

El llamado

Sumido en mis negros pensamientos, tan concentrado estaba en esto, que no me di cuenta cuando se acercó a mi lado, un anciano que vivía en la galería doce y era uno de los antiguos de allí. Era evangélico, pues siempre lo vi muy fervoroso, predicando en los diferentes patios todos los días. Cuando lo vi a mi lado, me molestó su presencia, pero antes que le dijera nada, me dijo: le estaba observando cómo se paseaba y quise acompañarle; se nota que está angustiado y afligido. ¿Y cómo quiere que esté —le dije— con los problemitas que tengo? El se quedó escuchando en silencio todo lo que le decía, y cuando terminé de hablar, me dijo: usted sabe que soy evangélico, por esta razón usted me ve tranquilo y siempre contento, pero al principio también sufría como usted y me desesperaba pensando, mas cuando el Señor Jesucristo me recogió a sus caminos... aquí en este mismo patio, todo cambió para mí, le entregué a El mi carga, le confesé mis pecados y también le dejé mi proceso en sus manos para que El, que es el mejor abogado, me defendiera. Desde ese entonces, mi corazón tiene paz y está lleno de esperanza, y con usted puede y quiere hacer lo mismo. Lo quedé mirando y tuve y la intención de burlarme de él, de irme y dejarlo solo, pero aquel an-

ciano me estaba mirando fijo, con una confianza y seguridad que infundía respeto, esto me hizo decirle que le agradecía el consejo, pero que eso no era para mí. Se equivoca usted, me dijo, para usted y para todos los que sufren a causa del pecado, y es más, es la única esperanza que tiene, pues Cristo le ama y quiere liberarle. Cuando me dijo así, le dije: bueno, ¿por qué no lo liberta a usted que cree en El? Acuérdesse que usted es preso igual que yo en este lugar; él se sonrió y serenamente me dijo: se vuelve a equivocarse usted, los dos estamos en este lugar, es cierto, pero hay "algo" que Cristo está haciendo en mi vida, algo que aunque esté en este lugar, me tiene siempre gozoso y lleno de esperanzas, y ese algo es, la libertad que Cristo le dio a mi espíritu, para alabar su Santo nombre y glorificarle; es un libertarse de los deseos de la carne, afanes de este mundo, que ni con todo el oro del mundo se puede comprar; es la libertad que ningún otro abogado del mundo puede dar, que los hombres más eminentes quisieran tener. Es la Libertad del Espíritu que sólo Jesucristo, el Señor de los Señores, el Rey de Reyes puede dar, porque es el abogado eterno. Mientras el hombre hablaba, algo punzante sentía en mi corazón y no pude responderle. El se dio cuenta de esto y me dijo sonriendo: ya estamos en la hora en que los hermanos hacen la reunión, venga conmigo que el Señor le espera; sólo pude mover la cabeza en señal de consentimiento y partí con él.

Mi Conversión

El local que tienen los hermanos en la cárcel es muy humilde y acogedor; es una sala ubicada a la entrada de la población penal; todo allí es muy lindo y los hermanos siempre tienen el lugar bien enceradito, con textos de las Sagradas Escrituras en las paredes. Todos los días hay reuniones de adoración a Dios y

todos los días Dios confirma estos servicios con la presencia gloriosa del Espíritu Santo.

Cuando entré a la Sala los hermanos recién habían empezado el servicio, inmediatamente sentí algo extraño que jamás había sentido, que no podré explicar fielmente con palabras. Me senté en la última banca. Los hermanos cantaban. A mí me parecía que todos estaban pendientes de mí; me sentía tan vil y tan sucio, y a la vez, con vergüenza por la facha que andaba trayendo. Los hermanos estaban correctamente vestidos, limpios y ordenados con corbatitas, se veían diferentes y yo sabía que estaban presos y que eran reos en ese penal igual que yo, pero al mismo tiempo comprendía que había una diferencia entre ellos y yo. Estaba sentado allí en la banca, a pie pelado, con mis pantalones arremangados hasta las rodillas y mi camisa afuera de mis pantalones, mi pelo estaba cortado al cero. Todo esto, y mi tremenda carga de pecados, me hacía sentirme en esos momentos el más miserable de los hombres. Cuando terminó la alabanza, después de dar las glorias a Dios, el hermano que dirigía el servicio invitó a orar; todos se arrodillaron, sólo quedó el hermano encargado del orden, de pie. Este, al ver que yo me quedaba en mi asiento y no me había arrodillado, me hizo un gesto que indicaba que tenía que arrodillarme; no sabía orar, no tenía idea lo que tenía que decir, pero él insistió, así que lo hice. Cuando mis rodillas tocaron aquel piso de madera, empecé a llorar desconsoladamente, no podía hablar, sólo lloraba y lloraba, mientras lo hacía, pasaban por mi mente como en una película, pasajes de mi vida, no podía contenerme. Los hermanos terminaron de orar, siguieron con el servicio hasta terminar, y yo, seguía allí, llorando. Después de un momento, los hermanos, que me habían rodeado, me levantaron por los brazos y me dijeron: tiene que seguir viniendo todos los días, porque el Señor le ha perdonado. Estaba mojado en transpiración

y lágrimas. Bajé con el hermano que me había llevado, él venía sonriente a mi lado y yo sentía dentro de mí, un descanso tan grande, una paz tan dulce; qué distinto al joven que había entrado lleno de amargura, angustiado y desesperado. Ahora, al bajar los peldaños que llevaban a los patios, me sentía tan, pero tan diferente. Bendito sea el nombre de Dios y glorificado sea el nombre de mi Señor y Salvador Jesucristo. Desde ese instante empezó a brillar el sol de justicia para mi vida; cuando llegué a mi celda, todo me parecía distinto; entonces cerré la puerta, me arrodillé y seguí llorando, dando glorias a Dios.

NACER DE NUEVO

**De cierto, de cierto te digo:
el que no naciere de nuevo,
no puede ver el reino de Dios.
San Juan 3:3.**

Nacer de nuevo significa ser cambiado y transformado por el poder de Dios, y esto ocurre, cuando el hombre arrepentido y humillado a las plantas de Cristo, se reconoce culpable de haber pecado contra el cielo y contra Dios. Al recibir el perdón divino, brota en él la fe que salva, fe en el Mediador entre Dios y los hombres. Por medio de la fe tenemos entrada a esta gracia transformadora, esto es entonces, el principio de la obra más grande y gloriosa que puede ser testigo el hombre. Es un nuevo nacimiento, la obra transformadora que Dios hace en el hombre, a través del Espíritu Santo, que va actuando a medida que el hombre se va abandonando en los brazos del Señor.

Esto fue lo que empezó a suceder en mi vida desde que Cristo me salió al encuentro y desde que empecé a

abandonarme en sus brazos. Comencé a sentir cambios que a mí mismo me sorprendieron, como a mis compañeros de celda y más tarde a las autoridades del penal. Tenía muy mala conducta, varios castigos en el año y medio que llevaba en la cárcel, por ese motivo, cuando entré a la jefatura interna para hablar con el jefe, éste me quedó mirando al verme acompañado del hermano que tenía la responsabilidad evangélica dentro de la cárcel. Me dijo: ¿Qué quieres tú aquí? —Vengo a pedir cambio de celda, le respondí— ¿Y dónde? ¿Me quieres dar más problemas? —De ninguna manera, mi primero Olguín, le respondí, porque ahora le sirvo al Señor y El va a cambiar mi vida; el hermano que me acompañaba se sonrió y le dijo: sí, mi primero Olguín, la Iglesia, y yo como encargado de ella, respondemos por el hermano Paredes, le agradecería que lo trasladara al lugar donde están todos los demás hermanos, así, él podrá servir al Señor con más libertad dentro del penal. El primero Olguín era un hombre muy severo, recto y con mucha experiencia, ya que conocía con sólo la mirada, al hombre que trataba en el penal; me miró y trató de reírse en forma un poco irónica, pero al mirar mi rostro sereno y confiado, se puso serio y me dijo: ésto es muy delicado y yo no voy a permitir que tú vengas con engaños, pero si realmente estás decidido a ser evangélico, yo soy el primero en felicitarte, ya que tú eres joven y como estabas portándote, estabas muy mal, pero ahora te doy el cambio y cualquier problema que tengas, ven a hablar conmigo.

Tanto odio que había sentido por ese hombre, por las veces que me castigó y dió órdenes para que me castigarán, pero en ese instante, cuando recibí de él estos consejos, era todo tan diferente, hasta sentí un gran cariño por él. Se me hizo un nudo en la garganta cuando le di las gracias y le prometí que no lo defraudaría. Con el cambio de lugar, es decir, apartado de los demás y conviviendo con los hermanos en la común fe, empezó una

nueva vida para mí. Esta nueva vida me hizo sopesar las responsabilidades de un cristiano verdadero y todo era nuevo para mí, todo lo hacía con gran gozo; atrás quedaron los partidos de fútbol, las ruedas de mates, las conversaciones sucias y sin sentido. Ahora el día se me hacía corto para mis obligaciones dentro del Evangelio.

Nos levantábamos a las 6.30 horas y a las 7 estábamos orando hasta las 8; después nos dedicábamos a leer las escrituras. Mientras desayunábamos, comentábamos sobre lo leído. Después, cada uno se dedicaba a sus labores o quehaceres de limpieza y preparación para el culto del mediodía. Los hermanos predicadores que a diario venían a predicar el mensaje de esperanza y de vida eterna, 3/4 de hora de predicaciones en los diferentes patios del penal y 1/2 hora de adoración a Dios y culto. ¡Qué preciosas eran para mí estas reuniones espirituales! Yo que antes fui siempre rebelde y duro, en todas las reuniones me faltaban lágrimas para llorar, humillado a las plantas de Jesucristo. Tenía hambre y sed de justicia y el Señor me saciaba a través de su palabra de vida. Todos los días estaba aprendiendo algo nuevo en cada alabanza y en cada oración, Dios me hacía sentir la presencia gloriosa del espíritu Santo.

La visita de mi madre

Ya hacían algunos meses que no tenía visita de mi madre. Cuando podía, venía a verme, aunque esto le significara un gran sacrificio por su situación económica tan apremiante. En nuestro hogar contábamos con parientes que podían ayudarnos, pero ellos no querían saber nada de nosotros, por la vergüenza que yo les hice pasar con mi vida delictual. Varias veces en que fui detenido, salí en diarios y ellos le reclamaban a mi madre, culpándola por mi mala vida. Después del amor de Dios no hay nada más grande que el amor de madre,

y ella siempre que podía, venía a ver a su hijo, el cual, como ella dijo muchas veces, no tenía remedio y estaba condenado a morir tras unas rejas o murallas de una cárcel. No obstante, Cristo que había venido a salvar lo que se había perdido, no lo iba a permitir y allí en aquella cárcel me había salido al encuentro para hacer de mí una nueva criatura.

“El espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungió para dar buenas nuevas a los pobres y me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos y dar vista a los ciegos, libertad a los oprimidos”. LUCAS 4:18.

Bendito y glorificado sea el nombre de Jesucristo. Yo comprendía ahora que el hecho que estuviera preso físicamente no era nada comparado con ser preso del pecado y la maldad. Cristo, mi Señor, había venido a dar vida, buenas nuevas a los pobres, y yo era uno de ellos, sin esperanza en este mundo; había venido Cristo a dar libertad a los cautivos en los lazos del delito, la avaricia, el odio y tantos males que el hombre sin Dios tiene en este mundo; había venido a dar vista a los ciegos y yo era el más pobres y triste de los ciegos, pues no podía ver la luz de Dios. Ahora el Señor me hacía comprender todas estas cosas y lágrimas de gratitud corrían por mi rostro, cuando meditaba en mi antigua condición de preso doble. Por todas estas razones oraba a Dios para que trajera a mi madre anciana a fin de darle la feliz noticia. ¿Cómo lo recibiría ella? ¿Se alegraría? Yo estaba seguro que sí. Cuando llegó ese día que tanto había pedido a Dios, mi corazón saltó de gozo. Me llamaron en las primeras listas para la visita de la tarde, yo sabía que era mi madre, pues era la única que venía a verme, por lo tanto, antes de salir, cerré la puerta de mi celda y oré al Señor, pidiendo que El pusiera palabras de consuelo, fe y esperanza, para hablar a mi madre del glorioso camino, al cual el Señor, me había llamado en su infinita misericordia.

La mejor noticia

Quando me enfrenté a mi madre, la abracé fuertemente y después de besarla, la quedé mirando un instante . . . me parecía todo tan distinto, y al mirar su cabello blanco y su rostro cercado por el sufrimiento, me sentí culpable y entonces apuré las palabras; mi vieja, le dije; ya no vas a sufrir más por mi culpa, ahora todo será diferente, —¿por qué? me dijo. ¿Qué te pasa, que te noto tan extraño? ¿Te dio alguna noticia el abogado? —No madre, es mejor todavía lo que me pasa, el Señor Jesucristo tuvo misericordia de mí y me salió al encuentro, me ha perdonado y lavado con la virtud de su sangre bendita. Se llevó mi carga de pecados y me ha llenado de fe, esperanza y gozo y ahora, madre mía, no me preocupa salir tanto de este lugar como sólo entregarme a Cristo, dejar que El cambie mi vida y poder entonces servir en su santo Evangelio. Estaba hablando estas palabras, cuando mi madre me abrazó fuertemente y se puso a llorar, mientras lloraba, ella me decía que muchas veces le había pedido al Señor que tuviera misericordia de mí. Me miró a los ojos y me dijo: hijo, ésta es la mejor noticia que podrías darme algún día, ahora me voy tranquila, sigue y entrégate a El cada día más, hasta que te saque de este lugar con tu vida totalmente cambiada. Cuando nos despedimos, al terminar la visita, mi corazón estaba lleno de gozo y gratitud a mi Señor. Mi madre se fue contenta, prometiéndome venir luego a verme, para escuchar cómo el Señor había cambiado mi vida. Cuando volví a mi celda y después de haber dado gracias a Dios, me puse a meditar en lo equivocado que estaba mi vieja vida, yo creía que amaba a mi madre y la estaba matando de a poco con mi vida rebelde y llena de maldad; me creía capaz, valiente y muy hombre, porque era audaz para hacer mis delitos, pero ahora que la luz de Dios había llegado a mi vida, me di cuenta que estaba lejos de hacerlo. Creía ahora y comprendía que no es ser hombre cuando se

pisotea cobardemente al prójimo y se hace sufrir en forma tan miserable a los padres, hermanos y familiares, llenándoles de vergüenza y de innominia. ¿Acaso, Dios nos da madre para que la hagamos sufrir tanto y llevarla a la tumba con una vida llena de maldad? ¿Que no nos dice la palabra de Dios: honra a tu padre y a tu madre? Dios me ha dado un cuerpo sano e inteligencia para trabajar honradamente y así ayudar a los míos cumpliendo como un verdadero hombre con mis responsabilidades. ¡Bendito sea Nuestro Dios y Salvador Jesucristo por hacerme comprender todas estas verdades! Lágrimas corrían por mis mejillas cuando comprendía cuán infinito e inmenso es el amor de Dios y cuán grande sacrificio de nuestro Señor Jesucristo para que hombres, como yo, sin ninguna esperanza en este mundo, recibamos, por su gracia, la Luz bendita del Evangelio.

INSTRUMENTO DEL SEÑOR

**El Señor le dijo:
Ve, porque instrumento
escogido me es éste
para llevar mi nombre
en presencia de los gentiles**

Hechos c. 9 v. 15.

Dios llama al hombre con un propósito definido. Todo el que es llamado tiene que estar revestido de la responsabilidad de ser instrumento para la salvación de las almas, que por estar lejos de Dios, se pierden y perecen en el mar de este mundo. Por lo tanto, todo hombre que es alcanzado por la gracia bendita del evangelio se convierte en sal de la tierra, en luz de este mundo. Es el ins-

trumento escogido para llevar el nombre bendito de Cristo a los que están en tinieblas. Yo que llevaba algunos meses caminando en esta nueva vida, sabía que llegado el momento, el Señor me capacitaría y haría de mí una trompeta en sus manos. Por eso cuando el hermano Alvarez, encargado con la responsabilidad de la congregación, me dijo: hermano Paredes, ha llegado el momento en que usted salga con los demás a predicar a los patios el mensaje de salvación y vida eterna, y no se preocupe lo que va hablar, de eso se encarga el Señor, Él colocará palabras en sus labios. Amén, le contesté, y le dí gracias al Señor, por tomarme en cuenta.

Primera Predicación.

Al otro día, y a la hora indicada, estábamos iniciando el trabajo de predicación. Yo me sentía nervioso, transpiraba, y en mi corazón pedía a Dios que me ayudara, era primera vez en mi vida que estaba en un punto de predicación y ésto no es fácil, cuando el hombre viene de un mundo de maldad y de pecado. Era tan conocido en el Penal, tenía tantos amigos de la vieja vida y ellos estaban ahí, mirándome con miradas burlescas y llenas de ironías; otros, miraban asombrados, y los vigilantes, también estaban con su atención puesta en mí. . . fué en ese instante que el hermano que estaba dirigiendo las predicaciones me dijo: hermano Paredes, alabe usted a su Señor. Una corriente sacudió todo mi cuerpo cuando dije amén y di dos pasos adelante al mismo tiempo y dije: en tu nombre Señor. Había pensado decir un texto de la palabra de Dios que ya me había aprendido bien y lo dije, pero desde ahí, ni yo mismo comprendía lo que pasaba, porque no podía parar de predicar y al mismo tiempo veía que muchos se confundieron y lloraron. Mientras yo predicaba, los hermanos daban las glorias a Dios por su infinita misericordia. ¡Qué precioso fue todo aquello! Cuando terminé, volví a mi lugar, mi cuerpo

estaba mojado en transpiración, mi corazón lleno de gozo y mi rostro mojado por las lágrimas. Di gracias al Señor, porque El me había dado la victoria. El hermano Alvarez me dijo: hermano Paredes, el Señor le entregó un precioso don, su deber es cuidarlo y predicar el Evangelio.

Dios me había hecho sal y luz para los que estaban en aquel lugar y debía predicar el nombre bendito de Jesucristo a todos, sin excepción, tanto a los reos como a los vigilantes que tenían la función de cuidarnos y allí estaba dispuesto para que el Señor me ocupara. El Señor me ocupó rápidamente, fui subiendo en la escala espiritual y el Señor era conmigo. Sin proponérmelo, estaba ocupando los puestos de responsabilidad en la congregación. Pasé por todos, hasta que un día quedó sobre mis hombros la responsabilidad total de la congregación. Durante los tres años que estuve en proceso actué como guía de la congregación de la cárcel pública. Ciertamente, Dios tenía un plan para mi vida y este propósito, gracias a El, se estaría cumpliendo.

Sana Doctrina.

El Evangelio es uno solo, y la parte fundamental de él, es la Sana Doctrina, que es la columna del cristiano. Cuando se recibe esta sana doctrina, el cristiano está capacitado para efectuar el trabajo que Dios quiere concederle. La sana doctrina se puede definir, como las verdades fundamentales de las sagradas escrituras, las cuales, te pueden hacer sabio para la salvación en Cristo Señor nuestro.

Los Enseñadores.

Doy gracias a Dios por mis enseñadores; los instrumentos de Dios que fueron usados para señalarme la sana doctrina. Los recuerdo a todos, y al pensar en que

la mayoría de ellos están descansando en los brazos del Señor, es más completo mi gozo. ¡Cuántos consejos llenos de sabiduría, inspirados por Dios, con cuánto amor y suavidad me predicaron el mensaje de salvación y vida eterna!

Llegada las 12 horas del día, estaban allí en el penal, fielmente cumpliendo con la responsabilidad que Dios había puesto en ellos. Todo quedaba a un lado, nada podía hacer que dejaran de cumplir con el compromiso de predicar a los presos dobles, el Mensaje redentor de la palabra de Dios. Cuando pienso en ellos, viene a mi mente la tarea que con tanto esfuerzo hacen las autoridades para reformar al hombre y todo termina siempre en fracaso.

Sólo Cristo Cambia.

El hombre convicto no puede cambiar por medios humanos y materiales, no hay nada que cambie al hombre, golpes, flagelaciones ni métodos nuevos de enseñanzas.

Sólo Dios puede cambiar al hombre, y muchas veces, se vale de otros, que El ya ha cambiado, para que con su testimonio, prediquen que Cristo es el salvador del mundo. Estos hombres, instrumentos en apariencia sencillos y sin mucha elocuencia, pero lleno del poder de Dios, llegan hasta los distintos penales predicando a los "internos" que puedan nacer de nuevo, que hay una nueva vida con Cristo en Dios. ¡Cuántos y cuántos hombres han sido rescatados del pecado en las cárceles del país a través del evangelio.

Muchos pueden dar testimonio de esta verdad, pues, sin lugar a dudas, que gracias a Dios, los hay. Pero todavía hay miles y miles que están sufriendo en las garras del pecado y ahora tenemos nosotros la responsabilidad de llevar el mensaje de Dios. Que Dios bendiga a los que se ponen en las manos de El, a las autoridades

que abren las puertas y facilitan los medios para que se lleve a efecto la gran labor Evangélica. Que Dios siga levantando instrumentos valientes y plenos de su gracia, llenos del amor de Dios para confundir a los sabios y hacer esplender la luz de la "Buena Nueva".

Recuerdo a mi hermano Villegas, con cuánto amor predicaba, terminaba los mensajes con su rostro lleno de lágrimas. Otros de los que recuerdo, es el hermano Quintana, un anciano lleno de la gracia de Dios; cuántos consejos recibí de él. También el hermano Vicencio, no lo hacía mal, siempre fiel a ayudar a los presos dobles. Por último, estaba mi hermano Castillo, anciano lleno de vitalidad que para demostrar que Dios lo había sanado, cuando predicaba y contaba su testimonio, daba unos tremendos saltos que ni un joven hubiera podido dar.

Ahora, cuando pienso en ellos, le pido a Dios que me ayude a ser como esos hombres, valientes y entregados a la causa del Señor, para rescatar en las cárceles a los que están presos y prisioneros del diablo.

La congregación de la cárcel, en aquel tiempo, era de más o menos cien hermanos, divididos en jóvenes y ancianos. Había allí todo tipo de hombres, con distintos problemas y con diferentes experiencias, en cuanto al delito se refiere; unos enfrentaban procesos fáciles o causas muy pequeñas, otros teníamos que estar allí por mucho tiempo y cumplíamos condenas por muchos años. A diario estaban llegando hasta nosotros personas nuevas; unos venían tocados por el mensaje de la predicación que hacíamos en los diferentes patios, otros venían invitados por algún hermano, otros buscando la forma de escapar al estado de aburrimiento y de vacío, por la tristeza y agobio que sentían, y otros, finalmente, por curiosidad, atraídos por las manifestaciones de gozo de los hermanos que en las reuniones daban al Señor y daban glorias a Dios, bendito del cielo.

No he visto en otra parte, desde que el Señor me sacó de allí, otras reuniones más fervientes y llenas de la presencia del poder de Dios. Allí el hombre comprende que su única esperanza es Cristo y esto lo hace aferrarse, al que todo lo puede, con todas sus ansias. Todas las oraciones son con lágrimas en los ojos y las glorias a Dios son elevadas al cielo con las manos levantadas, acompañando al corazón de aquel que glorifica a Dios. Por ser, en la congregación compuesta por sólo hermanos varones, los mensajes son fuertes, directos, basados en la palabra de Dios; las cosas se dicen por su nombre y los predicadores son ocupados por Dios para entregar la sana doctrina. Todo aquel que la recibe es capacitado por Dios para cumplir como buen soldado de Jesucristo; allí no se permite ningún acto de irresponsabilidad o de no cumplimiento de lo que Dios ha ordenado; allí hay respeto y reverencia a Dios, primeramente, y a las potestades que Dios pone por delante.

Por todas estas razones, los que vienen con el deseo y propósito sincero de buscar el cambio y transformación de sus vidas para colocarlas al servicio de Dios, encuentran allí todo aquello que debe tener un buen cristiano. Pero, como siempre sucede, no todos los que vienen son sinceros ante los ojos de Dios y éstos son rápidamente conocidos, pues, por sus frutos se conoce el árbol. Podríamos decir, entonces, que están los verdaderos y sinceros y también los que quieren acortar su estada en el penal; están los que creyeron que por el hecho de estar en la iglesia y de leer la biblia o cantar algunos himnos, Dios los va a sacar de aquel lugar, los que, muy pronto se dan cuenta de su error, ya que el Señor toma al predicador que le descubre su engaño en forma clara. El hombre se entera de que la única forma de hallar gracia ante los ojos de Dios es viviendo humillado a las plantas de Cristo y dispuesto a buscar las cosas de arriba, primeramente.

Me acuerdo del hermano Quintana, anciano predicador que mi obispo Umaña nos mandaba los días jueves. Dios ocupaba a este anciano en una forma maravillosa, con toda energía nos decía, después de estar en silencio contemplando nuestros rostros desde el púlpito: hermano, ¿por qué estás orando a Dios que te saque de este lugar? ¿Por qué tienes tanto apuro en irte, acaso tu vida está cambiada, te despojaste del viejo hombre? ¿Estás libre de los vicios y las costumbres que te trajeron a este lugar? ¿Por qué no oras a Dios que te cambie tu vida? Pídele que no te saque de aquí hasta que seas un hombre nuevo, que salgas a colocar el nombre de nuestro Señor, bien alto y seas útil a la sociedad. Predicaba con tanto amor y fuerza, este anciano, que varios de nosotros caíamos de rodillas ante la presencia del Señor y tocados por la palabra de vida.

LA ORACION

¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a El día y noche?

¿Se tardará en responderles?

Lucas: 18 v. 7.

Si hay algo que puede hacer el cristiano que está en la cárcel, ese algo es orar siempre y sin desmayar, la oración cambia todas las cosas y nos abre las puertas del cielo. Cuando oramos en el nombre del Mediador, entre Dios y los hombres, cuando pedimos con fe en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y conforme a la voluntad de Dios, podemos estar seguros que recibiremos aquello que hemos pedido.

La congregación de la cárcel pública es un pueblo de oración; cuando Dios me tenía al frente, llevábamos un plan de oración, el cual gracias a Dios, cumplíamos rigurosamente, aparte de los servicios gene-

rales de culto y oración a Dios. Estábamos orando desde que empezaba el día: en la mañana, de siete a ocho, de once treinta a doce, en la tarde cadena de oración, de tres a cuatro, en la noche de nueve a diez horas y a las tres de la mañana, todos con una frazada sobre las espaldas, en el piso de cemento de nuestra celda, estábamos orando a Dios hasta las cuatro de la madrugada. ¿Cuántas personas saben que allí en los fríos calabozos de la cárcel hay un grupo de hombres, cambiados por el poder de Dios orando y pidiendo al Creador de todas las cosas que tenga misericordia de esta humanidad que parece a causa del pecado? ¡Qué grande es el poder de Dios que puede hacer estas cosas! Aquellos hombres que no valían ante los ojos del mundo y que vivían sólo para hacer daño a su prójimo, en estas oraciones a Dios, bañaban en lágrimas sus ojos por todos, sin hacer excepción de personas, oraban por las autoridades y todos por los que están en eminencia, conforme manda la palabra de Dios. Orábamos por nuestros familiares y por todos los que sufren a causa del pecado. En estas oraciones sentíamos la presencia de Dios, nuestras vidas se llenaban de gozo y de esperanzas. En aquel tiempo nos sentíamos tan felices porque se hizo notorio, aún fuera de la cárcel, que todas las peticiones de oración que nos traían y que poníamos ante la presencia de Dios, eran escuchadas. Después de haber orado, esperábamos confiados y seguros que Dios en su infinita misericordia, nos respondería.

El Libro y sus letras de pro.

Hacía casi un año que estaba caminando en el Evangelio y experimentaba en todo su esplendor lo que nosotros los cristianos llamamos el primer amor. Todo para mí en el Señor era gozo y felicidad, tranquilidad, seguridad; la verdad es que no encuentro palabras para des-

cribir ni creo que se pueda hacer con palabras, hay que haber vivido ésto tan maravilloso, para comprenderlo. Sólo puedo decir que todo era distinto para mí, las murallas de la prisión me parecían amables al mirarlas, los compañeros de reclusión y los guardias tenían otro valor dentro de mis sentimientos.

Cada servicio de culto y de reunión, cada cántico de alabanza a mi Cristo. . . todo era tan hermoso, sentía un gozo tan grande que sólo podía retribuir llorando a las plantas del Señor, y dando gracias por su infinita misericordia. ¿Quién era yo para sentir todo lo que ahora sentía? Cuando tuve la visión del Libro fue algo realmente grandioso. Estábamos en la reunión de mediodía; el local estaba lleno de gente y cantábamos al Señor hermosas alabanzas, yo me encontraba en las primeras bancas del coro que queda al lado del estrado donde está el púlpito; aquel día el servicio estaba a cargo del hermano Bravo. Leyó el mensaje en Apocalipsis c. 21 v. 27: el Señor ocupó al hermano y llegó a lo profundo de nuestros corazones. A raíz de la práctica, yo me preguntaba si mi nombre estaría escrito en el Libro de la Vida; en un instante cerré los ojos y oré pidiendo misericordia al Señor y que me mostrara si así era. Fue en ese momento que al abrir mis ojos mi vista se fue al rincón del techo, por sobre la cabeza del predicador, y allí, en una esquina del templo estaba contemplando un Libro rodeado por una nube, era grande, abierto por la mitad, estaba todo escrito con algo brillante, pero yo no pude leer lo demás, sólo vi mi nombre al medio de la hõja abierta con letras doradas, leía claramente, Julio Paredes; salté feliz del asiento glorificando a Dios, hablaba y lloraba hasta que caí de rodillas.

El Primero Quezada.

Un día al terminar el Servicio de mediodía y cuando bajaba las escaleras que llevan al patio central, me

llamó el primero Quezada. Esta autoridad era muy amable con los cristianos y siempre estaba dispuesto a darnos toda clase de facilidades para cumplir con la predicación del evangelio. Aquella tarde en que me llamó, me apresuré a saludarle y al mismo tiempo a ponerme a sus órdenes; pensé que, tal vez, quería hacerme una pregunta sobre la conducta de algunos de los nuevos hermanos que día tras día estaban llegando a nuestro templo. Yo, como encargado de la congregación, tenía la responsabilidad de informar a las autoridades sobre lo que ellos quisieran saber de la hermandad, pero grande fue la sorpresa y mi gozo cuando escuché que me decía: hermano, yo soy simpatizante del evangelio; resulta que como tengo a mi esposa gravemente enferma, la llevé a la iglesia para que me la unguieran, y cuando puedo, voy a las reuniones; allí pues, me aconsejó un hermano que pidiera a ustedes que oren por mi mujer para que el Señor me la sane. Para eso le había llamado, ¿me haría usted el favor de orar por ella? Cuando terminó de hablar, yo estaba sintiendo un gozo inmenso y la seguridad que, en aquel mismo instante, Dios sanaba a la esposa de aquel hombre, que humildemente, y siendo una autoridad en aquel penal, le estaba pidiendo a un reo que orara por su esposa. Mi primero le dije: Dios en su infinita misericordia va a sanar a su esposa y usted va a ser un buen hijo de Dios, siga yendo a las reuniones de la iglesia afuera, y confíe que cuando llegue a su casa, su esposa va a estar sana. Esta tarde vamos a orar sólo por su petición y creo que el Señor, en su infinita misericordia, una vez más nos va a responder a nuestra oración. Gracias hermano, me dijo el primero Quezada, y en sus ojos vi una llama de esperanza.

Esa tarde, a la hora de la cadena de oración, reunidos con más hermanos les hice saber que el Señor nos tenía una gran bendición. Esta tarde vamos a orar a Dios solamente por una petición, ya que el primero Quezada tiene a su esposa enferma y ha pedido la oración,

pues él cree que el Señor la puede sanar. Amados hermanos, esto es lo grande que hace Dios —que a nosotros— que estamos en este penal para ser vigilados y enseñados por ellos nos tomen en cuenta para rogar a Dios que tenga misericordia. ¿Quiénes somos nosotros para que Dios nos conceda esta misericordia tan grande? Sabemos que por su gracia infinita Cristo vino a dar su vida y El ha hecho posible esta obra tan grande, sólo por su inmenso amor de El es la honra y la gloria. Amén.

Los hermanos estaban gozosos y nos arrodillamos dispuestos a llorar, a gemir humillados a las plantas del Señor, hasta que recibiéramos el testimonio en nuestros corazones que la oración había sido contestada. Fue una oración intensa y sincera, pidiendo misericordia y la sanidad de la esposa del primero Quezada. Por eso cuando nos pusimos de pie después de una hora de oración, al mirar el rostro de mis hermanos, comprendí que el Señor nos había respondido. Gloria a Dios, bendito sea el nombre de nuestro Señor Jesucristo. A los pocos días fui llamado a la jefatura interna y el primero Quezada sonriente me recibía, y en forma más afectuosa, me dijo: hermano, quiero darles las gracias a todos los hermanos que oraron por mi esposa, ya que el Señor la ha sanado completamente. Por eso lo hice llamar, hágame usted el favor de transmitir mis agradecimientos. Le dije: no sabe cuánto me alegro por usted y por su esposa, nosotros sabíamos que el Señor haría la obra, para El es la honra y la gloria.

Le di la mano y bajé hasta donde estaban mis hermanos para darle la noticia y las expresiones de agradecimiento del 1º Quezada.

EL MILAGRO

Es pues la fe de la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve

Hebreos c. 11, v. 1.

Este versículo de la palabra de Dios tuvo su fiel cumplimiento en una celda de la Cárcel Pública donde un grupo de hermanos nos encontrábamos.

Era una fría mañana de invierno con una fuerte lluvia; nos encontrábamos en las celdas debido al mal tiempo, ya que si no hubiera sido así, toda la población penal hubiera estado en los diferentes patios.

A mitad de semana, pasábamos a puro té y pan. Eramos 8 en la celda. Los domingos venían los familiares de algunos a verlos, trayendo alimentos que repartíamos en partes iguales. No obstante, Dios había querido probarnos y ninguno había tenido visita en la semana, por lo tanto, no teníamos té ni azúcar que es lo que más se ocupa en la prisión. Claro que se reparte un café de trigo más malo que el natre y que casi nadie lo tomaba, y el que lo tomaba, tenía que tener azúcar para arreglarlo. Lo único que se podía comer era el pan que a cada uno se le daba y aquella mañana pues, recibimos el pan, mas deseábamos tomar algo caliente y no teníamos cómo hacerlo. Estábamos en esta situación mirándonos unos a otros, cuando escuchamos el sonar de los pitos anunciando que venía el café, entonces el hermano Juan, el más anciano de la congregación, nos quedó mirando, al mismo tiempo que nos decía: ¿Cuántos creen que el Señor tiene poder para endulzar el café? ... Todos nos quedamos callados, mirándonos los unos a los otros. El volvió a decirnos lo mismo, Amén contestamos todos. Bien, que vaya uno a buscar el café; el hermano René tomó una olla grande que teníamos y bajó los escalones corriendo, todos nos quedamos en silencio, el hermano Juan se puso a orar y de a poco, nos fuimos a la oración. Cuando nuestro hermano llegó con el café, todos llorábamos a las plantas de Cristo, después de orar un rato, nos pusimos de pie y el hermano Juan hizo que la olla con café fuera puesta en el medio y mirándonos a todos, nos dijo: la palabra de Dios dice que todos los que creyeren en Cristo cosas más

grandes que las que El hizo, harían, hermanos. Hermano René, saque un poco de café y pruébelo. El hermano, probó el café e inmediatamente hizo una mueca de desagrado, el café estaba como siempre, amargo. Bueno, hermanos, dijo el anciano, vamos a orar como nunca lo hemos hecho, pidiendo al Señor que por misericordia endulce este café. Amén, contestamos todos. El hermano Juan empezó a orar en alta voz. ¡Qué preciosa oración fue esa! Después que se hizo silencio, el anciano con un movimiento seguro tomó el jarro al tiempo que decía en alta voz, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, bebamos.

Sacó el tiesto lleno de café y después de tomar un poco, con sus ojos llenos de lágrimas, dijo: gracias, Señor; todos lo miramos en silencio, él nos dijo: hermanos, el Señor lo hizo. Gloria a Dios, exclamamos todos y uno a uno empezamos a probar el café, todos lloramos y alabamos al Dios bendito del cielo. Qué grande es nuestro Dios, qué infinita su misericordia. ¿Quiénes éramos nosotros para que El se manifestara en todo su poder haciéndonos este milagro? El café que en ese momento tomábamos, tan calientito, era el café más rico y sabroso que un hombre podía tomar y no era para menos, había sido endulzado por el poder de Dios.

Esta es una experiencia que nunca podré olvidar, aunque durante el tiempo que estuve en prisión, el Señor me hizo testigo de grandes cosas. Muchas no las quiero contar todavía; otras prefiero guardarlas hasta que el Señor así lo quiera.

NO TODOS CREEN

**Muchos son los llamados
y pocos los escogidos.**

Mateo: 20:16.

Si todos los hombres que son llamados y que día tras día llegan hasta el local evangélico de la cárcel pública a escuchar la palabra de Dios, se arrepintieran

y se convirtieran de todo corazón, sería algo realmente maravilloso, pero no es así, muchos son los llamados y pocos los que con un corazón sincero se entregan al Señor. Durante el tiempo que el Señor me tuvo al frente de la congregación, fueron muchos los que recibimos la palabra de vida, el mensaje redentor, pero de estos muchos, algunos creímos y nos convertimos a Dios y el buen Dios nos hizo completamente libres, nos sacó de la prisión y nos dio todos los medios para ser hombres de bien e hijos verdaderos de El. Hoy día estamos casados, con nuestros hijos y con nuestros hogares humildes, pero felices. Hay oportunidades, en que sin ponernos de acuerdo, el Señor nos junta a todos en la puerta de la cárcel pública para entrar, no como presos, sino como libres en Cristo Jesús, y allí, nos gozamos grandemente contando a los que están reclusos, ¡cuán grandes cosas ha hecho Dios con nuestras vidas!

Mas como decía, no todos se entregan a Dios; algunos caminan un tiempo y se quedan en el camino, otros caminan, pero siempre tienen problemas y causan problemas a la congregación con sus malas obras; otros tratan, pero cuando se dan cuenta que el camino es de sacrificio y de lucha, se acobardan y no siguen. Están, finalmente, los que caminan sólo el tiempo que permanecen en la cárcel, pero una vez que se encuentran en la calle, se olvidan de la promesa que hicieron al Señor, pensando ingenuamente, que se pueden burlar de Dios. Estos dan rienda suelta a sus pasiones y vuelven nuevamente a lo mismo; poco duran afuera, en breve tiempo, están de vuelta en la cárcel y su estado viene a ser peor que el del principio. Como encargado de la congregación, me tocó conocer muchos de estos casos y orar mucho por ellos. Se conoce el hombre que va a servir al Señor y se conoce al que nunca va a cumplir y que siempre va a ser de doble ánimo.

De los muchos casos que me tocó conocer, recuerdo a un joven que siempre estuvo causando problemas y

toda clase de dificultades en la congregación. Era un joven de veinte años y según contaban, su madre y hermanos, que eran cristianos y vivían muy lejos en el sur, él se había metido de muy niño en el camino del delito y hacía ya muchos años que no sabía de los suyos. Su nombre era Sergio N. N. Al poco tiempo de llegar al penal empezó a ir al templo, se notaba tranquilo y silencioso. Yo —como encargado de la obra— siempre que podía, estaba conversando con él, enseñándole las escrituras a la vez que respondía a las preguntas que me hacía, por este motivo es que, aparte de hermanos en Cristo, nos hicimos bastante amigos. Estuvo con nosotros un año y medio; fue condenado a tres años y trasladado a San Antonio a cumplir la condena. Cuando se despidió en la iglesia, se notaba nervioso e inseguro, y mientras él se despedía, yo le contemplaba y tuve el presentimiento que no iba a poder cumplir con la promesa de seguirle, o mejor dicho, seguir a Dios una vez que estuviera libre. Esto él también lo sabía, siempre había caminado con dificultad, era iracundo en extremo y estaba siempre de mal humor; había tiempo que servía al Señor con buen ánimo, mas de repente decaía. El Señor le había concedido el don de tocar instrumento y era el único banyo del coro, por lo tanto, era de gran ayuda para nuestro coro, pero cuando le venían los ataques de ira y de enojo, sentía un deseo de estar lejos de las cosas del Señor y no acudía a las reuniones; le iba a buscar y a ver qué sucedía. Allí en su celda, lo encontraba lleno de ira y de rencor. Cuando le preguntaba qué le sucedía, entonces se ponía a hablar puras cosas desagradables con su rostro enrojecido por la rabia, hablaba hasta cansarse, cuando terminaba me entregaba el banyo, que era de propiedad de la iglesia, y me decía: ahí está el instrumento, no voy más a la iglesia del Señor, él no me escucha y no quiere nada conmigo y yo tampoco quiero servirle. Hablaba atropelladamente y yo escuchaba en silencio, él no me daba la vista hasta que yo empezaba a hablar, entonces me miraba, y en su mirada se notaba falta de la paz que

Dios le da a sus hijos, le faltaba el gozo y la luz de Dios, pues, en aquellos momentos se dejaba aprisionar por el enemigo de nuestras almas. Entonces, yo le decía: hermano mío, Cristo te ama, dio su vida por tí en la cruz y está dispuesto a libertarte de esa angustia y de todos los males que aprisionan tu alma, pero ¿cómo puede hacerlo si tú nunca te has querido entregarte a El de corazón? Por nada se lo quitas, dejándole lugar al enemigo para que te atormente, Cristo está esperando a que te decidas a entregarte a El para siempre, que hagas un pacto con El, que te abandones en sus brazos. Después de escucharme en silencio se iba tranquilizando y de repente rompía en llanto. Entonces yo le ordenaba que se arrodillara y lo ungía con todas las fuerzas de mi alma en el nombre del Señor Jesucristo, cuando terminaba de ungirle se quedaba arrodillado llorando, pidiendo misericordia a Dios; después se levantaba y me decía medio avergonzado que no devolvería el banyo, y que lo disculpara por lo que había dicho. Explicaba que no quería ser violento, pero que todo era más fuerte que él. Entonces, le respondía: que con la ayuda del Señor se podía vencer, sin Cristo nada podemos hacer, El está dispuesto, mas que el corazón del hombre engañoso es y no quiere hacer la voluntad de Dios. Bien, me respondía, voy ha hacerle empeño, ayúdeme a orar. Hermano, le decía, es mi obligación hacerlo, siga solamente y confíe en el Señor. Luego me iba a mis quehaceres y cuando me juntaba con los demás hermanos les encargaba la oración por nuestro hermano Sergio.

Todo su caminar fue igual, nunca se afirmó realmente, por eso, cuando llegó el momento en que se despidió en la iglesia, yo le pedí al Señor que tuviera misericordia y que no permitiera que se perdiera.

A los años salía en los diarios, un crimen de un hombre joven que había sido apuñalado por otro mientras bebían, así me enteré de la muerte de mi hermano

Sergio. Nunca quiso entregarse al Señor, había rechazado la luz y la vida y encontró la muerte.

Otro caso que siempre recuerdo es de mi hermano Israel. Este hombre ya anciano en el tiempo en que lo conocí como miembro de la congregación de la cárcel, tenía una forma muy especial de servirle al Señor, ya que lo hacía cuando estaba preso. Así había pasado su vida desde niño en el camino del delito, entrando y saliendo de la cárcel; sólo cuando se encontraba tras las rejas de prisión se acordaba de Dios y llegaba hasta el templo asistiendo a todas las reuniones, no faltaba a ningún servicio, estaba en todos los puntos de predicaciones, cadena de oraciones; mas cuántos problemas causaba con su conducta en el trato con los demás hermanos, había que tratarlo con mucho cuidado, pues al menor roce, por cualquier cosa insignificante, lo hacía estallar y cuando esto sucedía había que tener cuidado, ya que era peligroso en extremo. Nunca dejó de andar armado con un estoque o daga de las que se fabrican en la cárcel, por más que se le aconsejara, era inútil que se le hiciera la advertencia, que si no cambiaba de actitud y comportamiento no se le iba a permitir en las reuniones. Él insistía, entonces, que era el más antiguo de la congregación, por el hecho que desde que empezó a llegar a la cárcel, él asistió a las reuniones. Yo siempre le decía que las autoridades del penal estaban al tanto de su comportamiento y que si hacía algo malo, la congregación no iba a responder por él. Del mismo modo, le hacía ver que Dios le estaba mirando su conducta y conocía todos sus pensamientos y no le iba a permitir que hiciera algo desagradable en su casa de oración, entonces, él se agachaba un poco y me decía que se iba a portar bien, y que lo único que quería era servir al Señor, pero no pasaba mucho tiempo y el hermano Israel ya estaba metido en algún grave problema. En varias ocasiones me tocó quitarle su daga de las manos, cuando con ella tenía amenazado a algún

hermano. Un día estábamos en la cadena de oración a las tres de la tarde, hacíamos una “redondela” y uno por uno, íbamos orando en voz alta, mientras los demás confirmaban. El hermano Israel estaba arrodillado al lado de un hermano nuevo, seguramente como el hermano era nuevo y no tenía costumbre de orar, le dolían las rodillas y se movía a cada momento pasando a llevarle a veces, sólo eso fue suficiente para que el hermano Israel se pusiera de pie y sacando su daga se fuera encima del hermano con la intención de pegarle. Yo que estaba atento a cualquier ruido, le alcancé a gritar que se detuviera, todos se pusieron de pie, y el hermano Israel no soltaba al hermano, lo tenía sujeto del pecho y al mismo tiempo lo amenazaba con la daga y le miraba con los ojos inmensamente abiertos y un poco extrañados. Clamé al Señor para que no sucediera nada, y que me ayudara a salvar la situación. De a poco me fui acercando, al mismo tiempo que le hablaba del Señor, diciéndole: hermano Israel piense que estamos ante la presencia del Señor y que su casa de oración merece respeto, déme su daga y sigamos orando al Señor. —No, hermano, me decía, usted sabe que no me gusta que me pasen a llevar y éste hace rato que me está molestando y no me deja orar tranquilo. —Bueno, le decía yo, perdone al hermano que es nuevo y no sabe todavía orar y usted que es antiguo tiene que ayudarlo; así, hermano, en el nombre del Señor, le ordeno que entregue la daga. Entonces se puso a llorar y me entregó la daga diciendo: Ud. sabe hermano Paredes que yo lo respeto a Ud. y a la casa del Señor, pero no me gusta que me molesten y se arrodillaba y lo ungía en el nombre del Señor. Yo le decía a mis hermanos que debíamos orar mucho al Señor por nuestro hermano Israel y que tuviéramos paciencia con él. Con frecuencia salía en libertad para luego volver, ya que siempre cometía pequeños hurtos, vagancia, etc.

Cuando se iba, pedía una oportunidad para dar gracias a Dios y prometer que le iba a buscarle y a servirle afuera, lo decía llorando, pero nosotros sabíamos que al mes después, estaría de vuelta. Así había pasado toda su vida, no sé cómo habrá terminado mi hermano Israel, pero abrigo la esperanza que al momento de su partida se haya arrepentido al Señor y su alma se haya salvado.

TERCERA PARTE

La condena

Tres años duró mi proceso hasta que llegó el momento en que el juez tenía que dictar sentencia. Cuando el día antes fui notificado que debía ir al juzgado a recibir la condena; me puse a meditar, en todo el tiempo transcurrido hasta ese instante, me parecía que todo había sido tan fácil en el Evangelio, el tiempo había pasado muy rápido sirviendo al Señor, los días se me hacían cortos atendiendo los problemas y responsabilidades que demandaba la obra.

Ciertamente el Señor había sido conmigo; me había posesionado tanto con mi responsabilidad de encargado de la obra, que ya no me acordaba que sólo estaba de paso en aquel lugar hasta recibir la condena que, justamente merecían mis muchos delitos. Este momento había llegado, tenía que enfrentarme al juez terrenal y gracias a Dios estaba preparado para hacerlo. Vinieron a mi mente las palabras que el abogado del consultorio me había dicho que arriesgaba una condena de 15 a 20 años y sólo un milagro podía salvarme, pero ahora que había llegado el momento, me sentía tranquilo y confiado en el Señor.

Durante el tiempo transcurrido, el Señor me había enseñado amar su obra, me había puesto amor por las almas que se pierden, ya no me importaba la condena

que pudieran ponerme, sólo me importaba que Dios, en su infinita misericordia, me siguiera ocupando, había tanta necesidad de Dios, era tan importante que mis compañeros, en aquel penal, recibieran a Cristo, que cualquier precio a pagar, era poco.

Eran las tres de la madrugada aquella noche, cuando empecé a orar y a clamar al Señor. Pedía que cuando llegara el momento de recibir mi condena, hubiera paz en mi corazón y aceptara tranquilo lo que fuera. Señor, le dije: ha llegado el momento de enfrentar la justicia, Tú conoces mi corazón, Tú conoces todas las cosas, a Tí no se te puede engañar, por lo tanto, te pido que mires mi corazón y veas, Señor, si no es tu voluntad que se me condene con una condena muy grande, que así sea, Señor; sé que Tú tienes poder para sacarme inmediatamente de este lugar, más también sé, que el corazón del hombre es engañoso e inclinado al mal, por esto te pido en esta oración, que mires mi corazón; si no estoy preparado todavía, si no te voy a ser fiel afuera, no permitas que salga, déjame hasta que sea tu voluntad en este lugar.

Oré hasta el amanecer y después empecé a prepararme para ir al juzgado, ya que nos sacaban muy temprano para dicho lugar. Fuimos llevados, un buen número aquella mañana, y como íbamos bastantes, se pasó toda la mañana. Yo fui llamado de los últimos, cuando enfrenté al juez, este me invitó a sentarme y se quedó mirando las hojas del proceso que contenían mi condena, después de un rato. . . me miró a los ojos y me dijo: mira, no sé que pasó contigo, pero, has tenido mucha suerte, has sido condenado a cinco años a prisión. ¿Tienes algo que objetar o estás conforme? Estoy conforme, le respondí, esa ha sido la voluntad de Dios a quien yo sirvo, por lo tanto, le doy gracias por la infinita misericordia que ha tenido para conmigo. El juez se sonrió y me dijo: ¿Eres evangélico? —Sí, le respondí, —me alegro, me dijo, espero que tú fe sea sincera y que cuando

salgas libre, seas un hombre de bien ya que tú eres joven y puedes ser útil a la sociedad. Estiró su mano para despedirse, yo le dije, entonces: doy gracias a mi Señor, primeramente y a usted por sus consejos y puede estar seguro, señor Juez, que si salgo de la mano con el Señor Jesucristo, no volveré a darle problemas. Salí gozoso y cuando venía de vuelta a mis hermanos de cárcel, les expresé llorando de alegría: qué bueno es el Señor, qué inmenso es su amor, qué infinita misericordia, si aun le sirviera de rodillas toda la vida, poco sería, siervo inútil soy Señor. Mis hermanos habían quedado orando por mí y qué gozosos estaban cuando les dí la noticia. No habían sido veinte años, ni quince, ni diez, sólo cinco años. ¡Gloria a Dios, El me había librado de una condena mayor!

Mi traslado.

A la semana después de haber sido condenado en primera instancia, me notificaron de mi traslado al presidio mayor de la penitenciaría. Cuando me despedí de mis hermanos, hubo mucho llanto, ya que con el transcurso del tiempo que habíamos estado juntos, Dios había puesto un gran amor en nosotros y nos amábamos como tienen que amarse los cristianos, con el amor que Dios ha puesto en nuestro corazones, ese amor que sufre con el sufre, que llora con el que llora, que se goza con los que gozan, y que siente el dolor ajeno como el suyo propio.

Después de hablar con ellos, deseándoles que fueran fieles y valientes por si no nos juntáramos en esta tierra, sirviendo al Señor, nos encontraríamos en el cielo donde van a ir todos los que son fieles hasta el final. Uno por uno nos abrazamos, al mirar el rostro de los nuevos, veía en ellos la preocupación como el hijo que se niega a que su padre se marche y lo deje solo, pero Dios en su infinita misericordia, me dio palabras para confortarlos, poco a poco se fueron tranquilizando y empezamos a rea-

lizar el último culto juntos con alabanzas a nuestro Dios, El Señor hizo sentir su presencia a través de su Santo Espíritu.

Habían sido tres años de lucha en aquel lugar, tres años en los cuales el Señor me hizo pasar por muchas cosas, tres años que había visto la gloria de Dios. Cuando se pasan tres años más de rodillas que de pie, gimiendo a las plantas de Cristo, entonces se ve la gloria de Dios, aunque se esté en una cárcel.

La Penitenciaría.

La Penitenciaría es un lugar muy distinto a la cárcel, en todo el sentido de la palabra; en la forma de vivir de la población penal, las obligaciones del interno, ya que por estar condenado tienen la obligación de trabajar, estudiar, si es que quiere que se le tome en cuenta para los beneficios de la libertad condicional u otros beneficios que el penal da a los que observan buena conducta y recuperación social.

El lugar es mucho más grande que la cárcel y hay talleres de imprenta, carpintería, mecánica, taller de baldosas, talleres de calzado, sastrería y muchos medios de trabajo. Además hay cine, canchas de fútbol, escuela, hospital, almacén, es un pequeño país, hay de todo, sólo falta la libertad, y por ser la penitenciaría un pequeño mundo, también tiene su lado negativo, sus problemas profundos e insolucionables.

Ahí estaba yo recién trasladado, en la puerta de la guardia interna mirando todo aquello. Una vez que di mis datos, se me asignó un lugar donde tenía que vivir, esto es, una galería. Son pasadizos con celdas a ambos lados, cada una de ellas con sus respectivas literas o parrillas con una colchoneta de paja y una frazada. Yo fui asignado a la galería N° 10 y después que me hube instalado, salí a conversar con un hermano conocido, que

antes que yo había pasado de la cárcel a la penitenciaría. Así fue como me encontré con mi hermano Cancino, quien se contentó mucho de verme.

El me puso al día de la marcha de la iglesia en aquel lugar; después de conversar un largo rato y de tomar un poco de té, nos pusimos de acuerdo que nos juntaríamos a la hora del culto en la iglesia.

Volví a mi celda y una vez que cerré mi puerta, me puse a orar mucho, estaba recién llegado, no sabía cómo tendría que enfrentar la lucha en aquel lugar, tal vez tendría que empezar de nuevo. La responsabilidad de mis hermanos, había quedado atrás. Tenía que comenzar de nuevo, la congregación de la penitenciaría era diferente, esto fue lo primero que noté al entrar aquella tarde a la reunión, todo era más reposado más estudiado, la exhortación del Mensaje era muy fuerte y había que estar preparado para recibirla; tal vez por que la “peni” es un lugar donde la gente ya está condenada y que sabe el tiempo que tiene que cumplir, dedicándose también al trabajo material y dejando sólo el tiempo necesario para cumplir con los servicios del Señor. Podríamos comparar la forma de trabajo de la iglesia, como la de afuera donde las muchas obligaciones personales y materiales dejan muy poco tiempo para Dios. Consecuencia de esto, es una iglesia sin lágrimas en los ojos con muy poca fuerza espiritual y casi sin amor, ya que cada uno está preocupado de lo suyo y le sirve de “carreritas” a Dios.

No es así el caso de la cárcel pública donde no hay actividad ajena a la consagración a Dios por medio de la oración, es por eso, las dos congregaciones son distintas y el que llega trasladado de la cárcel a la “peni” nota inmediatamente esta diferencia; influye mucho en esto la situación de incertidumbre de los hermanos de la cárcel, ya que el que está en la cárcel es un procesado, o sea, durante el tiempo que está ahí está esperando la condena que la justicia le va a dictar, en esta condición,

el hombre se aferra a Dios con toda sus fuerzas, pues sabe que sólo Cristo puede ayudarle y como está siempre orando y llorando a las plantas de Cristo, crece en fe y en espiritualidad. El amor de Dios se manifiesta pues, se hace la vida en comunión, puesto que los hermanos de la cárcel viven separados en celdas solas para evangélicos. Por todas estas razones las dos congregaciones son diferentes. Podría decir que la obra en la cárcel es más evangélica y misionera ya que la gente está de paso en aquel lugar; todos los días salen y entran, y siempre el local de reunión está lleno y hay rostros nuevos.

La congregación de la "peni" es estable; están ahí los que como yo, son trasladados de otros presidios a cumplir una condena que ya le ha sido dada a conocer, y como la única posibilidad de salir antes es por medio de indulto o condicional, el reo se preocupa de reunir los requisitos que la ley le exige: conducta, trabajo y estudio. El cristiano tiene también, como los demás que tomar estas obligaciones y sólo asiste, cuando puede a las reuniones y a los puntos de predicación.

Cuando yo analicé esta situación y vi el peligro que podría significar para mi vida espiritual esta forma de servirle a Dios, me propuse, con la ayuda del Señor, estar siempre leyendo las Escrituras y orando a Dios sin desmayar. Estaba acostumbrado a hacerlo así, había sido enseñado por el Señor y así seguiría mientras El fuera conmigo. A medida que fue pasando el tiempo nos fuimos conociendo con los hermanos, así pude darme cuenta que aquellos que daban testimonio de buenos cristianos, eran hombres sólidos en la oración y buenos para escudriñar las Escrituras, por lo tanto, podríamos decir que la congregación de la "Peni" era más madura doctrinalmente.

El tiempo que pasé en la Peni lo didiqué a la obra de Dios, al trabajo y al estudio. Entré a trabajar en el taller de imprenta como aprendiz de la sección pren-

sas y a los tres meses, gracias a Dios, me hice cargo de una máquina tamaño Mercurio y empecé a trabajar a trato. Daba gracias a Dios, pues El me había hecho nacer de nuevo y ahora me estaba dando las condiciones para desempeñarme como un hombre honrado y transformado por el poder de Dios. También comencé a estudiar en la escuela del establecimiento, de esta manera fue pasando mi vida.

Los días jueves y domingos había reuniones en la iglesia y Dios me había dado un lugar en el coro y ahí estaba para cantar al Señor. En las noches, después de todas estas cosas, me dedicaba a la oración, a la lectura de la palabra de Dios; ahí estaba llorando en mi oración favorita a las tres de la madrugada, nunca me he gozado tanto sintiendo la presencia del Señor, como en estas oraciones.

En la "Peni" el terreno es duro para sembrar la preciosa semilla. El hombre ahí se embrutece, pues hay toda clase de perversiones, el diablo tiene en ese lugar de pecado, vicios, degeneraciones, etc. Es imposible explicar con lujo de detalles, todas las inmundicias morales y físicas de aquel lugar en el tiempo en que a mí me tocó estar.

La muerte rondaba alrededor de cada vida, era un tiempo tan difícil de controlar por las autoridades, puesto que, casi todos los días había un crimen o dos. De los mil quinientos reos de ese tiempo, sólo cierta parte se dedicaba a trabajar, estudiar y luchar para reunir los requisitos para optar a la libertad condicional. La gran mayoría enceguecidos y arrastrados por el pecado, se dedicaban a revolcarse en el fango de los vicios que este pequeño mundo les ofrecía. Había allí homosexuales, drogas, juegos de azar y los diversos tragos y brebajes que los reos saben preparar para embriagarse. También estaba en juego el poder del dinero, puesto que algunos poseían medios económicos y po-

dían darse el lujo de tomar del mejor trago traído de la ciudad, quién sabe por qué conducto. Por lo tanto, sembrar el evangelio era muy difícil en este pequeño mundo lleno de pecado y de inmundicia. Las medidas disciplinarias eran severas y terribles y lo más temible eran los famosos traslados a los presidios disciplinarios de Victoria y La Serena. Ahí iban a parar los rebeldes, de mala conducta, y no había quién no le tuviera miedo. La cosa allá era terrible, había mucho castigo, desde el mismo momento en que el preso llegaba se le empezaba a castigar y el castigo a que era sometido era terriblemente inhumano; ahí el hombre perdía su nombre y sólo se identificaba con un número que tenía que memorizarlo, ya que su nombre no podía nombrarlo más. Sólo algunos recibían cartas, que era el único contacto con el mundo exterior. Muchos en aquel tiempo, no volvían más a la "Peni"; otros volvían al año después, casi todos enfermos, física y mentalmente. Finalmente otros, los más enteros, venían embrutecidos, éstos eran los más fuertes. Eran temidos por el resto de la población penal y aun por los mismos guardias. Estos hombres pasaban a ser una especie de ídolos y ellos lo sabían, por lo tanto, se aprovechaban de esto para abusar y seguir toda clase de desmanes. Tenía como consecuencia, a Dios gracias, que las autoridades los volvieran nuevamente a Victoria y con un informe que les asegurara un tiempo mucho más largo en el presidio disciplinario.

Uno de los que recuerdo, era un hombre al que por sobrenombre le decían el "Persona". Este, condenado a una larga prisión, era un hombre muy dañino y sádico. Siempre estaba abusando con los más débiles, era muy respetado por los demás, o mejor dicho, temido, no porque fuera un hombre derecho y de valor, sino porque era de cuidado, pues era traicionero y malvado; no le importaba pegarle a otro por la espalda ya que ésta era su manera favorita de hacerlo cuando te-

nía alguna diferencia con otro y que él sabía que podía enfrentarlo. Por supuesto que éstos eran los más débiles y él llevaba las de ganar. Muchas veces le tocó recibir algunas puñaladas que lo mandaban al hospital y todos los demás presos, cuando esto sucedía, abrigan la esperanza que el "Persona" no volviera; mas aparecía a los días después. Cuando su enemigo estaba descuidado, el "Persona" cobraba venganza.

Este hombre fue enviado varias veces al presidio disciplinario, por lo tanto, su físico era el de un hombre enfermo y raquítico, no obstante era peligroso y traicionero como una serpiente.

Otro de los que me acuerdo es de Cerón Pardo. Este era muy diferente al "Persona". Era derecho y respetaba al más débil; sólo cuando era provocado y ofendido se trezaba con cualquiera que se le pusiera por delante y casi siempre ganaba los combates, pues era muy bravo y muy valiente. Las riñas eran todas con estoques y sables hechos de las mismas parrillas de los catres o de lo que sirviera para esto.

Cerón Pardo era un hombre muy joven, llegó a la prisión casi niño. En ese tiempo no había respeto por nada ni por nadie, y él, como joven y recién, llegado, tuvo que hacer frente a aquellos que quisieron pasarlo a llevar. Mucho se hablaba de Cerón Pardo, como un asesino cruel y despiadado, un hombre que no tenía remedio, incluso se comentó en los diarios en un tiempo, que debía matarse a la bestia humana. Yo que lo conocí y que tuve la experiencia de vivir algunos años con él en la "peni", sé que los casos son muy distintos. Lo que pasó con este hombre, es que tuvo varios homicidios dentro del penal. Este joven fue muy valiente, nunca se dejó pasar a llevar; era un joven rubio y con cara de hijo de rico, era muy bravo y decidido, como dije. Las veces en que yo lo vi pelear se mostró siempre fuerte y derecho. La historia de Cerón Pardo, fue que las autoridades de ese tiempo lo pusieron —siendo muy joven—

con los demás condenados a perpetuo y el otro motivo fue el error de los que murieron en sus manos, pensaron que podían pasarlo a llevar, porque era joven, pero se equivocaron.

Otro detalle importante en Cerón Pardo, es que siempre le gustó y respetó el evangelio; escuchaba las predicaciones en silencio y con mucho respeto, cuando se le predicaba la salvación, personalmente daba gracias y respondía: usted sabe jefe, que yo tengo muchos enemigos en este lugar, más algún día cuando no esté aquí, tal vez, sea evangélico.

EL HERMANO NORTON

**Hay camino que parece derecho al
hombre, pero su fin es camino de
muerte.**

Proverbios 16; 25.

El hermano Norton era uno de los tantos condenados a perpetuo que habían en la Penitenciaría. Cuando yo lo conocí él llevaba varios años de prisión, por lo tanto, era uno de los más antiguos, pero de nada le servían sus años como evangélico, pues tenía muy mala reputación en el penal como preso, y como cristiano, era un problema.

Nunca quiso entregarse a Cristo de corazón para que Dios hiciera la obra de cambio y transformación por su Santo Espíritu. Elegía el camino del pecado y desenfreno, siempre estaba tramando para satisfacer y dar rienda suelta a sus pasiones. Se fue degenerando y corrompiendo hasta caer en un abismo insalvable.

A veces, el hermano Norton quería rebelarse al pecado que lo tenía atado y llegaba a la iglesia a llorar sus

faltas, caminaba bien un tiempo, semanas o un par de meses y después se entregaba con más fuerzas a sus bajas pasiones; ésto era un motivo de escándalo para el evangelio. Se le habló de todas maneras, se le hizo ver el gran daño que estaba causando a la obra de Dios, pero él no quiso entender. Muchas veces se advirtió que la paga del pecado era muerte, y si no se arrepentía, le vendría el castigo, pero el hermano Norton, hacía caso omiso de las advertencias de los demás hermanos. Qué terrible es cuando el hombre desprecia lo que Dios tiene para su vida y se entrega al pecado sin medir las consecuencias que ésto trae a su vida. El hermano Norton tuvo en sus manos varias posibilidades de ser un hombre nuevo, de ser salvado y libertado por Cristo, pero despreció el ofrecimiento divino para su vida.

¡Cuántos hermanos condenados a perpetuo se entregaron a Cristo de todo corazón! buscando el rostro del Señor todos los días orando y gimiendo para que el Señor hiciera la obra en sus vidas —como fueron sinceros— el Señor Jesucristo les respondió y un día los hizo completamente libres y hoy son hombres felices y honrados por Cristo!

Pero éste no fue el caso del hermano Norton, él eligió un camino que le llevó a la muerte.

Era una hermosa mañana cuando llegó hasta la galería la noticia que el hermano Norton y otro condenado a perpetuo se habían desafiado para batirse en el interior de la calle 11, el motivo, como siempre, eran las malas acciones del hermano Norton. Corrimos hasta el lugar de la riña, habían entrado al fondo de la calle N^o 11; los dos tenían grandes estoques, que más bien parecían sables, los dos eran muy entendidos y experimentados en este tipo de peleas. Había un gran número de gente mirando la pelea, todos lo hacíamos como se hacen en estos casos, bien disimulados para que los guardias no se dieran cuenta de lo que pasaba. Se batieron por varios mi-

nutos y los dos sangraban por causas de las heridas que se hacían, de pronto el hermano Norton fue tocado en el corazón, retrocedió unos pasos tambaleándose, al mismo tiempo, soltaba la daga para llevar las dos manos al pecho con su ojos muy abiertos. . . caminó unos pasos en dirección a la puerta que daba al patio central, y cayó muerto.

El otro reo también se tambaleaba y tenía varias heridas, entre tanto los vigilantes se habían dado cuenta que algo pasaba y corrían para intervenir, pero ya era demasiado tarde, el hermano Norton estaba muerto. Cuando llegó el practicante que estaba de turno en la enfermería, le abrió la camisa, grande fue la sorpresa al ver el pecho del cadáver cubierto de planchas de suelas que el hermano Norton se había puesto para evitar ser herido, mas la hora había llegado y había muerto; había despreciado el verdadero camino que lleva a la vida; había preferido el pecado y encontró la muerte.

Todos los jueves y domingos salíamos a predicar a los patios y el Señor, en su misericordia, nos usaba grandemente. El que predicaba tenía que ser de muy buen testimonio para que los demás reos lo recibieran, por lo tanto, el encargado de la Obra, sabía a quién podía poner a predicar y a quién no. Los hermanos que venían de la libertad, es decir, de afuera, también eran hombres de testimonio y con mucho amor con los presos. Hacíamos preciosos puntos de predicación; los hermanos de visitas entraban cantando con toda clase de instrumentos y en los patios nos juntábamos un gran número y grande era la fiesta; el poder de Dios se manifestaba de una manera poderosa y más de algún corazón por duro que fuera, se rendía a Jesucristo.

Varios condenados a muerte fueron ganados para Cristo y ahí se encuentran en libertad, pues Dios les hizo completamente libres a medida que se fueron entregando y convirtiéndose a Cristo. Su condena fue cambiando,

de condenados a muerte fueron rebajados a condena perpetua y a veinte años. En poco tiempo, el Señor que todo lo puede, tomaba los medios y les llegaba un indulto y salían en libertad ante el asombro de los demás presos. Sólo Dios puede hacer estas cosas con aquellos que le buscan de todo corazón. Gloria a Dios.

Uno de estos casos es de mi hermano Miguel Ancapán, este hombre fue quien hizo tanto hablar. Los diarios de años atrás presentáronlo como la bestia humana y pidiendo para él la pena de muerte. Al poco tiempo de cometido su delito en el sur, fue trasladado a Santiago. Llegó a la cárcel Pública y empezó a recibir en los patios la predicación del evangelio. Al poco tiempo, empezó a ir hasta nuestro templo y a mí me tocó recibirlo. Empezamos a conversar y de a poco fue tomando confianza, ya que al principio, no hablaba ninguna palabra. Comenzamos a orar todos los días y yo empecé a ungirlo diariamente. El Señor prosiguió la obra en él y el temor que le atormentaba, quedó atrás. Dios a través de su Santo Poder fue haciendo una obra maravillosa en él, fue cambiando de tal forma que, hasta nosotros nos asombramos. Aprendió a leer y a escribir, el Señor le dió el don de la música; tocaba guitarra, violín y banyo. Además, el Señor le hizo muy buen predicador en la peni. Entró a trabajar en la panadería y llegó a ser uno de los mejores maestros, como ganaba su sueldo, empezó a vestirse muy bien y después de algunos años nadie hubiera reconocido en él al hombre asustado, terriblemente pobre. Las autoridades se quedan largo rato escuchándolo predicar en los diferentes patios. Dios había hecho una obra grande en este hombre, de eso, todos fuimos testigos. Gloria a Dios.

Y si usted que está leyendo este testimonio viera ahora al hermano Ancapán, tal vez no creería que el caballero que sus ojos contemplan es la bestia humana de la que hablaban los diarios varios años atrás. Cristo es único quien puede cambiar al hombre; le había hecho

completamente nuevo, transformado por el poder de Dios. Hoy es un hombre feliz.

Pero también había algunos que quisieron tomar el camino livianamente, nunca se entregaron de corazón, y por lo tanto, su fin fue desastrozo.

Me acuerdo de un joven que caminó un tiempo con nosotros en la cárcel hasta que fue condenado a perpetuo. Fue muy fuerte el golpe para él y no quiso seguir el Evangelio, como si Dios hubiera tenido la culpa, no quiso ir más a la iglesia en cuanto fue condenado. Trasladado a la penitenciaría, ahí empezó a deambular por los patios, luego a sufrir castigos que le ocasionaron golpes y maltrato que lo llevaron a la locura. Está allí en la peni en un patio, se ve aislado, viejo y arruinado. Cuando voy a la peni a predicar, siempre lo veo y al mirarlo, viene a mi mente la imagen de este hombre cuando recién llegó; joven, lleno de vida y salud... hoy es sólo un guiñapo humano. Dios tenga misericordia y que nosotros podamos estar siempre orando por éstos que sufren en las cárceles y podamos sentir su dolor como nuestro, y al sentirlo, lloremos y aflijamos nuestro espíritu pidiendo a Dios que su palabra llegue hasta aquellos sectores olvidados; que el mensaje de vida que es el Evangelio, como una grata nueva, llegue hasta estas vidas. Que los que estamos "afuera" podamos hacer todo lo que está de nuestra parte por ellos; que podamos tener presente la palabra de nuestro Señor Jesucristo: "Estuve desnudo, me cubriste, estuve enfermo, me visitaste, estuve preso me fuiste a ver"; lo que en buen castellano significa: ver a un preso es ver a Cristo. Hay tanta necesidad espiritual y material en aquel lugar; es tanto el dolor y la angustia; la verdadera Iglesia de Cristo debe afrontar su responsabilidad para con estos sectores, pues el Señor nos va a pedir cuenta por ellos ¿y qué vamos a responder?

Pienso que debemos dejar de lado toda diferencia, de cualquier tipo que sea, y como verdaderos cristianos,

unirnos y llegar a las cárceles del país. No solamente de vez en cuando, como sucede en las cárceles y presidios de fuera de la capital, sino que todos los días. Creo que las iglesias y personas que tienen los medios para hacerlo, deben llegar no sólo con el mensaje, sino que también con la ayuda material que tanta falta hace.

Soy un hombre que pasó los mejores años de su vida en estos lugares; desde que el Señor me libertó y cambió mi vida, me he dedicado a cumplir la promesa que una noche, a las tres de la madrugada, solo en una celda, hice de predicar el evangelio en todas las cárceles del país. Gracias a Dios, lo he hecho en varias, pero todavía queda mucho por hacer. Sé que el Señor me está ayudando a cumplir con este ministerio; hasta aquí El ha sido conmigo y con todos mis hermanos que trabajan en las cárceles. Aquellos que día a día están llegando hasta los diferentes presidios, dejando su trabajo, esposas e hijos y aportando con un granito de arena esta noble causa, sin mirar recompensas ni elogios de hombres, sólo con un deseo, que los presos dobles conozcan la libertad que solamente Cristo puede darles. Que Dios os bendiga cada día más y el amor siga creciendo en vuestros corazones.

CUARTA PARTE

La palabra de Dios dice:

... y si el hermano o la hermana están desnudos y tienen necesidad de mantenimiento de cada día y si alguno de vosotros les dice: id en paz, calentaos y hartaos, pero no les diéreis las cosas que son necesarias para el cuerpo. ¿Qué aprovechará?

Santiago, 2: 15 - 16.

No todo termina para el hombre que cumple una condena y sale en libertad, podría decir que en la mayoría de los casos, sus problemas recién comienzan. Doy gracias al Señor, porque en su infinita misericordia, desde que se me abrieron las puertas de la prisión, El fue conmigo y no permitió que el enemigo de nuestras almas me derribara.

Cuando un hombre se convierte a Cristo en la cárcel es un vivo peligro para satanás y su reino de maldad; él sabe que ese hombre ocupado en la obra del Señor va a ser un instrumento valioso, y que como viene con esa experiencia de haber vivido una vida tan llena de pecado, ahora con el testimonio de lo que Cristo ha hecho con él, muchas almas serán ganadas para Dios. Es por eso que cuando se abren las puertas de la cárcel y sale el hombre en libertad, ahí está satanás con todas sus armas para derribarlo.

Yo salí ansioso de demostrar lo que Cristo había hecho por mi vida en lo espiritual. Estaba seguro que el Señor me había puesto un corazón nuevo; se había llevado el odio, rencor, envidia, venganza, etc. Una gran cantidad de pecados que Cristo había borrado por su sangre derramada en la cruz. En lo material, también traía cosas nuevas que quería mostrar. Había terminado mis estudios en la Penitenciaría. Hice todos los cursos con los que contaba la escuela en ese lugar. Además, trabajado cinco años seguidos sin faltar un día al taller de imprenta de la prisión. Entré especializándome como maestro en la sección prensas y en los ratos que me quedaban libres, a veces, fabricaba calzado, oficio que también aprendí. Ahora que estaba libre, quería lo más pronto posible demostrar lo que Dios había hecho con mi vida. Bendito sea el Señor.

Los problemas

Los problemas para mi vida comenzaron en todas partes; en la iglesia cuando supieron que era un ex

recluso. Me empezaron a mirar con desconfianza, recelo; eso sí que eran muy amables, pero no podían ocultar que con personas como yo, tenían que cuidarse; no obstante, siempre salí airoso con la ayuda de Dios. He tratado de no dar motivo para que alguien ponga en duda la obra que Dios hizo en mi vida.

Aparte de estas reacciones, tan extrañas para mí en aquel entonces de parte de mis hermanos, me encontré con la novedad que no podía tener un trabajo estable, pues para eso tenía que poseer los documentos y requisitos que los empleadores exigen. Mi madre estaba feliz conmigo por tenerme en el hogar, pero no el resto de mi familia que no podía creer que mi vida estaba cambiada por el poder de Dios.

Me dijeron que el gobierno tenía una organización cuyo objetivo era ayudar a los reclusos, ésta se llama Patronato de Reos. Pues bien, me dirigí hacia aquel lugar donde fui atendido por la señorita visitadora. Me recibió en forma muy amable y me invitó a contarle mi caso. Después de explicarle que había cumplido tantos años preso y que el Señor me había cambiado, que había aprendido a trabajar y por eso estaba frente a ella, pues necesitaba que las autoridades me ayudaran en lo que se refería a documentación y me colocaran en algún lugar de trabajo donde pudiera ganarme la vida. Además, dije, ya llevo varias semanas afuera y necesito trabajar. La asistente social se sonrió y en forma bien amable me explicó que el Patronato no daba esta clase de ayuda. Nosotros sólo podemos controlar su rehabilitación para que al término de este control, si ha cumplido bien, se le borren los antecedentes. Si usted es primerizo, tiene que venir a firmar todos los meses por espacio de dos años y medio, y si es reincidente, tiene que venir una vez al mes, por espacio de cinco años. La quedé mirando, me parecía que ella no me había entendido; lo que yo necesitaba era cuanto antes trabajar, ganar lo necesario para mis necesida-

des y ayudar a mi madre. Se lo expliqué nuevamente y ella me dijo: sí, entiendo sus palabras y su problema, pero ya le expliqué que no le podemos ayudar. Señorita —le dije—, ¿no sería posible que usted me ayudara a sacar mi carnet de identidad y también me pidiera la libreta de Seguro que en la prisión, según tengo entendido, se me tiene que haber sacado? Sí, me dijo, la libreta se la voy a apurar y después, usted mismo, la puede retirar. Gracias, señorita, le repliqué, y salí de aquel lugar donde había entrado tan ilusionado. Pasó un año y yo no podía tener una ocupación. Un día mi madre recibió unos pocos pesos, con ese dinero compramos una tablas y listones, y a la entrada del sitio de mi madre, levanté un taller de calzado y me puse a remendar zapatos. Gracias a Dios, porque todavía tenía a mi madre, ella, una vez más, venía en mi ayuda.

Los que no tienen madre

En los años que llevo predicando en las cárceles del país, hay algo que siempre me ha preocupado y me sigue preocupando. He visto hombres que desde que empezaron a caminar en el Evangelio y en el recinto carcelario dentro de la iglesia del penal, dieron buenos frutos, siendo muy útiles a la obra, pero grande ha sido mi dolor cuando han salido en libertad, después de un tiempo, los he vuelto a encontrar en la prisión. Ellos al verme, se llenan de vergüenza y con la cabeza baja se han acercado; yo les he dicho: ¿qué pasó, mi hermano? Usted tenía que estar predicando el Evangelio afuera, el hermano se pone, entonces, a llorar y con pena reconoce su derrota y me dice: no pude aguantar más, mi hermano, hice todo lo posible, pero no tenía nada; mi familia no me ayudó, menos cuando supieron que me había hecho evangélico. No puede uno fácilmente encontrar trabajo, la policía me detuvo por sospecha y como no pude comprobar que esta-

ba trabajando me llevaron y me flagelaron, aunque les expliqué que era evangélico y que quería vivir una nueva vida, ellos se rieron de mí, como no tenía qué confesar, me pasaron por vago. Cuando salí, me fui a la iglesia donde estaba “perseverando” y el pastor me dijo, que él no podía hacer nada y menos podía responder por mí, que orara al Señor y que confiara en Dios. Me decía el hermano: yo, hermano Paredes, créame, que no quería volver a lo mismo, pero nadie me ayudó y caí vencido. No sé cuántas veces he escuchado estas palabras en los años que llevo predicando, pero una cosa sé y es que al oír a estos hermanos me he sentido culpable de su derrota por el enemigo de nuestras almas.

La labor de la iglesia

La labor de la iglesia dentro de la prisión en cuanto a la predicación de la palabra de Dios, es muy positiva. Cumple todos los días mandando predicadores a la cárcel pública y penitenciaria. A la hora indicada, ahí están los predicadores, los coristas con sus instrumentos dispuestos para entrar a la prisión con el mensaje de salvación. En el resto del país, ya sea para el sur o para el norte, no es igual, tristemente tengo que decir que sólo en algunas ciudades se atiende la labor evangélica. Cuando decía, es grande el trabajo y la obra que desempeña la iglesia dentro de las prisiones, no quiero decir que está todo hecho, falta mucho más por hacer, tanto dentro de las cárceles como fuera de ellas, pienso que la iglesia de Cristo tiene una gran responsabilidad que cumplir en esta tarea.

Cuando digo la iglesia de Cristo no me refiero a alguna misión o secta determinada, sino que a todos los verdaderos cristianos responsables en los cuales el amor a Dios ha sido derramado.

Mi viaje al norte

Fue a mediados del año 1975, cuando hice mi primer viaje al norte. Fui por fe y cumpliendo con una invitación que me hiciera el pastor Núñez de Antofagasta, para que fuera y contara mi testimonio en aquel lugar, en especial a la juventud. Hasta ese entonces yo me había desempeñado en la obra de Dios como El me había querido ocupar en la iglesia. Había pasado por todos los puestos, desde guardatemplo hasta ayudante de pastor, puesto que aún ocupó trabajando al lado de mi pastor Victorino Núñez de la Iglesia Metodista Pentecostal del barrio Nueva Atacama. Verdaderamente tenía muchas obligaciones, pero esto no me impedía llegar hasta la cárcel o penitenciaría. Dos o tres veces por semana mi pastor me daba plena libertad para esto, pues él sabía que lo más importante para mí era predicar a los presos dobles, el mensaje de salvación.

Sin embargo, ya hacía muchos años que el Señor me había sacado de aquel lugar, la "Peni", y desde que salí, nunca dejé de predicar en la cárcel, pues aunque pasaba el tiempo, yo no podía olvidar la promesa hecha al Señor una noche a las tres de la mañana en mi celda de la Penitenciaría. Señor, le dije entonces, cuando Tú me saques de este lugar y me ocupes para predicar tu palabra, con tu ayuda te prometo predicar en todas las cárceles del país. Ya habían pasado muchos años; mas todavía no podía cumplir mi promesa, pues sólo había predicado en la cárcel y penitenciaría de Santiago. Cada vez que iba a estos lugares, más me convenía que había que hacer mucho más por aquellos hombres, que estaban en aquel lugar. Ahora Dios me daba la oportunidad de salir, conocer otras ciudades y otras iglesias y también otras cárceles del país. Daba gracias a Dios por esto. Cuando llegó el momento y teniendo la autorización para hacerlo, partí con

el Señor. Llevaba la carta para los pastores de las iglesias donde iba a llegar. Recorrí todo el norte, pueblo por pueblo, prediqué en todo lugar donde llegué, quedé asombrado cuando vi que al contar mi testimonio en las iglesias antes de empezar a predicar, el poder de Dios se manifestaba, tocando los corazones y muchos oían atentamente y luego caían de rodillas a las plantas de Cristo. Gloria a Dios. Más aumentó mi gozo cuando empecé a orar para que el Señor me confirmara en los mensajes de evangelismo, y cuando hacía el llamado, después del mensaje, las almas se entregaban al Señor. Ciertamente que este primer viaje en la obra evangélica fue de mucha experiencia para mí. No obstante, no todo fue gozo, también me llené de pena al descubrir que casi en la mayoría de los pueblos donde hay prisiones, la obra de salvación no se atendía. En algunas partes, solamente a lo lejos iban algunos hermanos a predicar.

Un día, después de terminar un servicio de predicación, tuve la gran alegría de encontrarme con un hermano en Cristo que es misionero. Venía llegando del extranjero. Después de gozarnos al vernos, le expliqué que mi mayor deseo era predicar en todas las cárceles del país y poder hacer algo más por los presos. El se sonrió y me dijo: hermano Paredes, doy gracias a Dios porque ha puesto este sentir en usted y verdaderamente, aquí en Chile, falta una organización como las que hay en otros países. Son organizaciones cristianas que no sólo predicán la palabra de Dios, sino que también se encargan de ayudar al preso, en todo aspecto. No sólo cuando se está en prisión sino que, sigue con esta labor afuera, una vez que ha salido en libertad. Por ejemplo, me dijo: hay en un país hermano que cuenta con una organización cristiana que trabaja en las cárceles y que además, afuera, atiende al hombre hasta que está en condiciones de seguir adelante sin dificultades. Esta organización es por fe y se

sostiene con el apoyo de ayudas de hermanos de las diferentes iglesias, del comercio y las industrias. Hacen una gran labor, ya que cuentan con talleres para que los que salgan en libertad empiecen a trabajar; les tienen alojamiento, servicio médico e incluso servicio jurídico para que puedan arreglar sus papeles y reintegrarse a la sociedad. Me quedé asombrado escuchando al hermano que con tanto entusiasmo me relataba todo esto. ¿Sería posible tanta maravilla, mi Dios? Cuando el hermano terminó de hablar, le dije: qué obra más grande. Eso es lo que falta en mi amada patria que es Chile.

Nace la Cruzada.

En cuanto tuve la oportunidad, le dije a mi pastor lo que el hermano Misionero me había dicho, de cómo se trabajaba con los presos en otros países y le pregunté: ¿Cree usted que esto podría hacerse en Chile? Mi pastor se quedó pensando y me dijo: es lo que debiera hacerse mi hermano, pero ¿quién estaría dispuesto a hacer una cosa tan buena? le dije: yo estoy dispuesto y es lo que siempre he deseado hacer por los presos; el pastor me quedó mirando y después de un momento me dijo: hermano, usted no tiene los medios que se necesitan, eso es para una organización que tenga cómo hacer el trabajo; esperemos en Dios y oremos al Señor para que El toque los corazones de los que pueden hacerlo. Bueno, le dije y me fui a mi hogar.

Aquella noche oré al Señor como nunca, para que El tomara los medios y se creara la Cruzada Evangélica Carcelaria Chilena, yo le tenía el nombre listo y por fe lo veía hecho una realidad.

Esa noche tuve un sueño y me veía predicando el Evangelio a una gran cantidad de hombres, todos vestidos iguales y todos estaban llorando; desperté a medianoche, no podía seguir durmiendo y me puse a orar. ¿Se-

ñor y si nadie se interesa por hacerlo, hasta cuándo vamos a esperar? Tú sabes que yo estoy dispuesto, pero no creo ser el indicado, prueba Tú los medios y permite que sea una realidad, y si es efectivo, quiero que me permitas trabajar en esa misión. Pasaron varios días y noches y yo cada día estaba más inquieto, era algo que no me dejaba en ningún instante. Un día sábado, en el estudio bíblico, el pastor nos dijo que empezáramos en la iglesia una semana de campaña y que yo sería el coordinador durante toda la semana. Comenzamos los preparativos y el primer día, cuando llegó el evangelista invitado a predicar, nos gozamos viendo la obra del poder de Dios. Mas yo seguía con mis pensamientos y sueños; todas las noches, cada día que pasaba, me daba cuenta que algo quería el Señor de mí. A mediado de la semana de campaña, estando en el púlpito, el Señor me tocó, y me tomó en llanto y caí de rodillas; el hermano evangelista siguió con el culto y rápidamente la iglesia empezó a sentir la presencia del Señor. El predicador empieza a hablar en lenguas y después interpreta y dice: el Señor dice que pronto saldrá este hermano de esta iglesia, pues tiene otro Ministerio para él y le dice que se esfuerce y sea valiente. La iglesia quedó en silencio y el culto siguió adelante. Esa noche en mi pieza al acostarme orando al Señor le dije: si es Tuyo el mensaje, Señor, si Tú quieres que yo empiece esta obra tan hermosa, ábreme las puertas y dame medios, mañana mismo tiene que ser.

Al otro día, al mediodía, fui a la cárcel pública y a la salida conversando con un hermano que también iba a la cárcel, le conté todo lo que me estaba pasando y lo que le había pedido al Señor, él caminó conmigo algunas cuadras y de pronto me detuvo, tomándome del brazo, me dijo: si quiere usted me acompaña, y yo lo llevo donde un hermano que yo sé que él puede ayudarlo. Fuimos y llegamos a la casa del hermano, el cual nos hizo pasar a su oficina ya que él posee una fábrica. Allí le expliqué al hermano todo, y también lo que le había pedido al Se-

ñor, que quería empezar la Cruzada; además, quería un programa radial que le predicara un mensaje especial a los presos y conseguir ayuda de todos los sectores que pudieran colaborar con los presos. Pediríamos ayuda a las autoridades de la iglesia, a todos los hermanos, para llegar a las autoridades de la iglesia, a todos los hermanos, para llegar a tener con el tiempo un lugar donde La Cruzada Evangélica Carcelaria Chilena pudiera recibir a los hombres que al salir de la prisión, dispuestos a cambiar sus vidas y a servir a Cristo, no tuvieran donde ir. Este lugar contaría con talleres de calzado, carpintería, mueblería, trabajos artesanales, etc., es decir, un hogar para ellos, el cual los cobijaría hasta que estuvieran completamente integrados a la sociedad. Esto es pues, lo que anhelo y espero algún día para los presos dobles. Bendito sea Dios, le sirvo a un Cristo de poder y El todo lo puede.

El hermano Mario me quedó mirando y después de un momento me dijo: hermano Paredes, eso es de Dios y usted tiene que empezar lo más pronto con ese trabajo, yo me comprometo a pagar los primeros meses del programa radial, así que vaya y consulte cuanto antes y venga a buscar el dinero. Salí del hogar del hermano y dando gracias al Señor. El me había respondido, ya contaba con el dinero para sacar mi programa radial para los presos, al otro día hice las diligencias y le dije a mi Pastor que había llegado el momento de trabajar sólo para los presos; él, como un siervo de Dios me comprendió y me dio el permiso, me fui a la cárcel y le dije a los hermanos que, tenían un programa radial, que había nacido la Cruzada Evangélica Carcelaria Chilena.

Campana en la Cárcel.

Empezamos con un pequeño aviso en el diario que daba cuenta del inicio de nuestras actividades en el Ministerio Carcelario y que, además, anunciaba nuestro

programa radial. Este aviso me trajo después dificultades, pues a los dos meses de estar trabajando, creí llegado el momento de hacer nuestra primera campaña en la cárcel pública. En este tiempo se habían unido a mí un grupo de hermano que amaban esta obra carcelaria y con ellos nos pusimos a orar para que el Señor nos abriera las puertas. Yo sabía, pues conocía por años, todo lo que tiene que ver con religión en la cárcel, que no iba a ser fácil. . . pero esperaba la confirmación del Señor ¿cómo enfrentar las autoridades, a nivel carcelario o de capellanía?. Nosotros éramos desconocidos para ellos y ¿cómo explicar a las autoridades de la misión evangélica que tiene la iglesia dentro de la cárcel y penitenciaria? Nosotros no éramos una iglesia más que quería instalarse en el penal, ellos me conocían, conocían mi testimonio, pero yo ahora estaba trabajando aparte en el Ministerio Carcelario y esto sólo mi pastor lo sabía.

Se cierran las puertas.

Después de orar al Señor por la campaña en la cárcel nos pusimos en contacto con las autoridades de la capellanía del Servicio de Prisiones. Tuvimos una entrevista con el Capellán Católico, pero por un error, yo diría una jugada del enemigo, hubo un mal entendido con el Secretario, el cual nos citó a una hora y sitio determinado, mas cuando llegó el momento de la entrevista, se nos dijo que el capellán atendía en sus oficinas del Ministerio, y no en las oficinas que se encuentran en Avda. Matta, en resumen, perdimos la entrevista con el capellán y ya nos íbamos cuando fuimos llamados por un señor que se identificó como el Capellán Evangélico de Prisiones, yo me alegré y di gracias, pues creí que habían terminado los problemas, pero una vez que estuvimos en la oficina del señor Gatica, él nos dijo: que ya nos conocía por el aviso en el diario, el cual había sorprendido a la Capellanía de Prisiones. Lo normal hubiera

sido que primero nos hubiéramos presentado ante ellos y después, contando con su autorización, publicar el aviso en el diario. Por último me dijo: según los reglamentos ustedes no pueden entrar a la cárcel, porque usted es un ex recluso y además, no quiero y nosotros no queremos que siga solo predicando y gritando en los patios ya que pretendemos cambiar el sistema de predicación en las cárceles por un trabajo de tipo formal el cual debe ser hecho por hombres salidos de seminarios con su respectivo título. Por lo tanto, no podemos concederle el permiso, lo quedé mirando, sabía realmente lo que quería este caballero, puesto que no era la primera vez que escuchaba esas fórmulas, aún más, lo había visto y lo había vivido. Cuántas veces se había intentado algo parecido, cuántas veces llegaron brillantes predicadores con sus títulos debajo del brazo y no tuvieron resultados, cuántas veces se ha querido implantar otro tipo de enseñanza y se ha fracasado. Le expliqué todas estas cosas al señor Gatica, y además le dije: lo único positivo para ganar al preso es el testimonio de la persona misma, la experiencia personal con Dios, la vida cambiada y regenerada por el poder del Espíritu Santo, la obra de Dios ante ellos mostrada con toda valentía y amor. Hablar con ellos en su lenguaje, conocer su mundo, sus problemas, sentir su dolor y sufrir con ellos, amarlos como nuestros hermanos hasta hacerles entender y creer que Cristo murió y VIVE POR ELLOS que Jesús los ama y que El puede y quiere cambiar sus vidas como cambió la nuestra, esto es lo más importante, no sólo decirles sino que también mostrarle. Por último, después de escucharme el señor Gatica, como consuelo, me dijo: que podía seguir entrando en forma regular con los demás hermanos que entran, le dí las gracias y le dije: si no podemos entrar como Cruzada Carcelaria para hacer campañas, seguiremos predicando por el radio.

Salí de aquel lugar bastante preocupado, casi no hablé con el hermano que me acompañaba, lo único que

quería en ese momento, era orar con fervor al Señor y decirle que si no se abrían las puertas no iba a poder cumplir, El sólo podía hacerlo, oré y lloré a las plantas de mi Cristo. Le pedí, nuevamente: Señor, Señor, si Tú abres las puertas de la cárcel y puedo hacer esta campaña voy a entender que Tú estás conforme con esto. Al otro día me vino el deseo de ir a conversar con el Pastor Ramírez, que tiene a cargo la iglesia de la cárcel, lo encontré en la oficina, allí le expliqué todo lo que pasaba, y que quería hacer una campaña de tres días en el teatro de la cárcel, el cual tiene capacidad para bastantes personas. El pastor me escuchó y miró mis ojos llenos de lágrimas. Hermano, yo lo puedo ayudar ofreciéndole que haga la campaña bajo la responsabilidad de nuestra Misión, espéreme mañana en la puerta de la Cárcel Pública para que conversemos con las autoridades del penal. Al otro día a las once de la mañana estábamos en la oficina del alcaide, le explicamos lo que queríamos y después de escucharnos, él dijo: si la campaña se hace bajo la responsabilidad de la misión, la cual está autorizada por el capellán, no hay problemas. Nos pusimos de acuerdo en los días y horario y todo quedó listo. Gloria a Dios, El me había respondido una vez más.

Avisé a los hermanos, le dimos gracias al Señor y empezamos los preparativos para la campaña. Se nos facilitó una película cristiana, conseguimos coritos y números especiales de cánticos de alabanzas, equipo amplificador. Los hermanos de la cárcel fueron avisados y se prepararon en oración y ayuno. Cuando llegó el primer día en la mañana, antes de salir hacia la cárcel, oré al Señor y le dije: Señor esta es la prueba más grande para mí, es mi primera campaña y tengo un poco de temor, sé que si Tú no estás allí todo será fracaso, pero creo que Tú por misericordia, me ayudarás, por lo tanto, Señor, te ruego que Tú prediques por mí y salves a los hombres en aquel lugar.

Ese día era maravilloso, el teatro estaba lleno de gente. Empezamos con himnos y cánticos especiales, pasamos la película y después llegó el momento de predicar el mensaje. Cuando el coordinador me llamó al púlpito, dije: En tu nombre Señor, y me puse de pie, cuando me enfrenté al auditorio, había un silencio y una calma agradable; yo los miré, y al instante sentí que el Señor estaba ahí, aleluya, gloria a Dios. El Mensaje estaba en el Evangelio según San Lucas, capítulo 4. Prediqué como nunca antes lo había hecho, a medida que transcurría la exortación, iba contando mi testimonio y los hombres duros y rebeldes que en silencio escuchaban, sacaban sus pañuelos y se los llevaban a los ojos, estaban llorando, pues en el testimonio de mi vida pasada, ellos se sentían identificados. El poder de Dios fue haciendo la obra, y llegó el momento de hacer el llamado... entonces, ocurrió el milagro, el más grande de los milagros de los cuales hay muchos testigos. Antes de terminar la frase que sería la invitación, los hombres se movieron, no esperaron a que el pasillo se desocupara para avanzar, sino que corrían y saltaban por encima de las bancas, pasaron adelante y se postraron llorando a las plantas de mi Señor Jesucristo. Anotamos cien personas que hicieron una promesa al Señor. Primer día de campaña y cien presos, hombres duros y rebeldes, perdidos para muchos, irrecuperables para otros, bestias humanas sin sentimientos, se habían postrado llorando a las plantas del Cristo de la gloria.

En los tres días de campaña anotamos un total de 200 presos, de ésto tengo la lista con sus nombres y el testimonio de todas las personas que trabajaron conmigo en esta campaña.

Ahora yo pregunto a las autoridades, tanto carcelarias como eclesiásticas, a los pastores y hermanos, ¿qué pasaría si pudiéramos hacer este movimiento en todas las cárceles del país? ¿Cuántos no se entregarían a Cristo? ¿Cuánto sería efectiva esta labor si las autori-

dades ayudaran, apoyándonos para que la Cruzada Evangélica Carcelaria Chilena fuera una realidad y con el apoyo de todos pudiéramos hacer la obra completa!

Por ser un ex recluso he sido juzgado mal y mirado con desconfianza. Cuando he tocado las puertas de algunas autoridades religiosas en busca de ayuda y apoyo, he palpado la incomprensión. ¿Es delito querer hacer algo por sectores olvidados, como los llamó un pastor o los presos dobles como los llamo yo?

A través de este pequeño libro, les ruego en el nombre del Señor, que me comprendan y me ayuden en este Ministerio, por el cual estoy dispuesto, y para el cual me ha llamado el Señor.

Mis ruegos al Señor es que toque el corazón de las autoridades de justicia y de prisiones para que me autoricen para trabajar en todo el país.

Ruego a mi Señor Jesucristo que mueva el corazón de los pastores y hermanos que puedan ayudar a esta causa, las misiones extranjeras y nacionales que tienen medios y que puedan hacer algo. Yo por mi parte sigo llorando a los pies de mi Señor y espero en El.

CON ESTE PEQUEÑO LIBRO, QUE DIOS ME HA INSPIRADO A
ESCRIBIR, NO HE PRETENDIDO OCUPAR EL LUGAR QUE A UNA
PERSONA PREPARADA PARA ESTO LE HUBIERA CORRESPON-
DIDO. SOY UN HOMBRE QUE APRENDI A LEER Y A ESCRIBIR
EN LA PRISION, Y A QUIEN DIOS HA HECHO NUEVA CRIATU-
RA. POR LO TANTO LES PIDO QUE DISCULPEN LO INCORRECTO,
LAS REPETICIONES QUE EN EL PUEDAN ENCONTRAR. /
SIEMPRE HE PENSADO EN LAS PALABRAS DEL SENOR: VE Y
CUENTA CUAN GRANDES COSAS HA HECHO DIOS CONTIGO,
Y HE HECHO MÍAS LAS PALABRAS DE PEDRO Y JUAN: NO PO-
DEMOS DEJAR DE ANUNCIAR LO QUE HEMOS VISTO Y OIDO.

HECHOS: 4; 20.

JULIO PAREDES

Este libro se terminó en
Octubre de 1978. Su ar-
reglo y corrección estuvo
a cargo de TT. GG. de
Gendarmería de Chile.
Santiago.



BIOGRAFIA:

El Hermano Julio Paredes, solista del conjunto Voces Cristianas, es himnólogo y ha escrito alrededor de 100 himnos y coritos.

Es además Evangelista y Director de la cruzada evangélica carcelaria chilena, conductor responsable del programa radial del mismo nombre que se transmite los domingos en Radio Panamericana.

Actualmente es miembro oficial de Misión Metodista Pentecostal de Chile.

Dios ha hecho una gran obra en nuestro hermano, ya que siendo muy joven, fue arrastrado por el delito y los vicios, de allí el Señor lo recogió al evangelio donde lo está ocupando para la gloria de su Santo Nombre.

Para el Señor sea la honra y la gloria.

Los pedidos de este libro, hacerlos a: Cruzada Evangélica Carcelaria Chilena, Los Comandos 4790, San Miguel.